Bebés y BILLONARIOS

Jazmín™

Papá por sorpresa

Emilie Rose

HARLEQUIN™

Bebés y
BILLONARIOS

Papá por sorpresa

Emilie Rose



No podía permitirse sentir afecto por nadie

Aunque ser padre no entraba en los planes de Pierce Hollister, se encontró al cuidado de un niño al que no podía rechazar. Necesitaba una niñera urgentemente.

Anna Aronson, la mujer perfecta para el puesto, ya tenía un bebé, por lo que aquel hombre solitario se encontró viviendo en una casa llena de niños. La situación doméstica desbarató la vida planificada de Pierce, que además se sentía muy atraído hacia Anna. Entonces una complicación surgida del pasado amenazó con destruirlo todo.

¿Defendería el papá millonario lo que era suyo?

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Papá por sorpresa, n.º 10 – octubre 2018
Título original: The Ties that Bind
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2012.

I.S.B.N.: 978-84-1307-057-5
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Anna Aronson sopló levemente a través de la varilla de plástico con el deseo de que las pompas de jabón que salían por el otro lado se llevaran sus problemas.

Los niños que jugaban a sus pies en la hierba chillaban y gorjeaban de la forma contagiosa propia de los bebés y le hicieron sonreír a pesar del desastre que se avecinaba.

Tenía que conseguir el empleo.

Vio que la mujer que la había entrevistado venía hacia ella, y la tensión creció en su interior.

–El señor Hollister la espera en su despacho, Anna. Entre por la puerta a la izquierda del jardín –le señaló con un gesto la amplia y lujosa casa, situada en Greenwich, en Connecticut.

Anna se pasó la lengua por los labios resecos y bajó la varilla.

–Los niños…

–Los vigilaré mientras habla con el jefe. Es él quien tiene la última palabra, pero sepa que cuenta con mi voto a favor –la señora Findley extendió la mano para que Anna le diera la varilla y la botella con el agua jabonosa.

Ésta se las entregó con la sensación de que se desprendía de un salvavidas en un mar agitado. Si no conseguía el empleo, no podría pagar el alquiler ni el recibo de la luz de aquel mes, por lo que no le quedaría más remedio que tragarse el orgullo, volver a su casa y pedir ayuda, aunque su madre le había dejado muy claro que Cody y ella no serían bienvenidos en la comunidad para personas mayores en la que vivía.

Pero cabía esperar que las cosas no llegaran a ese punto.

–Gracias, señora Findley.

–Llámame, Sarah. Y, Anna, no dejes que Pierce te intimide. Es un buen jefe y un buen hombre, a pesar de su forma de ser.

El temor hizo que Anna fuera incapaz de articular palabra. Asintió y se dirigió a la casa. La distancia hasta ella le pareció enorme, y llegó a las escaleras de piedra jadeando como si hubiera corrido un kilómetro.

Por la puerta de vidrio vio a su posible jefe, que se hallaba sentado tras un inmenso escritorio de madera.

Llamó a la puerta. El hombre alzó la vista con el ceño fruncido y le indicó que entrase con un movimiento de la cabeza. La mano de Anna resbaló en el picaporte y tuvo que secársela en el vestido

antes de conseguir abrir.

Pierce Hollister, de rasgos como los de un modelo y el pelo espeso y oscuro cortado en capas, parecía el protagonista del anuncio de un producto caro que cualquier joven millonario querría comprar. Vestido con un polo negro que llevaba desabrochado y permitía apreciar su cuello moreno, desprendía poder y prestigio.

Anna pensó que un hombre rico y encantador había contribuido a que su situación económica fuera penosa, así que no iba a bajar la guardia con aquel.

–Soy Anna Aronson, señor Hollister.

Unos ojos castaños la inspeccionaron de arriba abajo sin miramientos. Anna esperó que el sencillo vestido y las sandalias pasaran el examen.

–¿Por qué la despidieron de su anterior empleo?

Muy nerviosa por la brusca pregunta cuando ni siquiera había cerrado la puerta, trató de ganar tiempo mirando los cuadros de las paredes, que, para su sorpresa, eran originales.

–Me despidieron porque me negué a acudir a una cita fuera del horario escolar con el padre de uno de mis alumnos.

–¿Le hizo proposiciones deshonestas?

–Sí.

–¿Por qué no se quejó al director de la escuela?

–Lo hice, pero el padre en cuestión era uno de los principales benefactores de la escuela. No hicieron caso de mi queja.

–¿Cuánto tiempo trabajó allí?

–Las fechas están en mi currículo.

–Se las pregunto a usted.

¿Por qué iba a hacerlo salvo que creyera que se las había inventado y no las recordaría?

–Me contrataron a tiempo a parcial, justo al acabar mis estudios universitarios, como tutora de alumnos difíciles. Seis meses después, cuando un profesor dejó la escuela de forma inesperada, me ofrecieron un puesto de profesora a tiempo completo. En total, trabajé allí tres años y medio.

–Y a pesar de eso, la despidieron por lo que alegó un padre. Prefirieron creerlo a él que a usted.

–Al director le pareció que era más difícil encontrar generosos donantes que profesores de enseñanza primaria.

–O tal vez buscaba una excusa para librarse de usted porque no la consideraba una buena profesora.

Las injustas palabras dejaron a Anna sin aliento.

–Siempre que me evaluaron, los resultados fueron excelentes y me subieron el sueldo.

–¿Y si llamo a la escuela para comprobar lo que me dice?

Las esperanzas de ella se evaporaron. No la creía, y no era el primero. Y hasta que no hubiera alguien que la creyera, no encontraría un empleo con un salario suficiente para pagar la guardería de Cody. Tal vez si consiguiera más clases particulares…

¿A quién pretendía engañar? Eso no bastaría.

–Si llama a la escuela, le dirán que el padre en cuestión afirmó que la tomé con su hijo después de que él, el padre, rechazara mis insinuaciones.

–¿Se le insinuó usted?

Ella dio un respingo. Nadie le había preguntado eso antes.

–Claro que no. Está casado.

–Los hombres casados tienen aventuras.

–Conmigo, no.

–Su currículo dice que se licenció con matrícula de honor en Vanderbilt. Mi secretaria me ha dicho que esa universidad tiene uno de los mejores programas educativos del país. ¿Cómo es que no encuentra trabajo de profesora?

Aquello parecía más un interrogatorio que una entrevista.

–Parece que decir que no a personas poderosas y con muchos conocidos tiene consecuencias que van mucho más allá del mercado laboral local.

Sospechaba que estaba en una lista negra.

–Carece de experiencia como niñera.

–Así es, pero he estado años controlando a veinte niños a la vez, más cuando trabajaba en el campamento de verano de la escuela, y también soy madre, por lo que estoy acostumbrada a acostar a un niño, bañarlo y darle de comer.

Él se recostó en la silla de cuero y la miró con ojos escrutadores. Ella le devolvió la mirada rogando que viera la verdad y su disposición a trabajar en sus ojos. El silencioso escrutinio se prolongó hasta que ella se sintió tan incómoda como el día en que el director de la escuela, en su despacho, la acusó injustamente.

–Sepa que no me creo lo que me ha contado.

Sus palabras fueron un duro golpe para ella. Frustrada por no poder demostrar su inocencia, se quedó mirándolo a la cara mientras sus esperanzas se desvanecían. Hasta el incidente que le había relatado, nadie había dudado de su integridad. Siempre había sido la chica lista, equilibrada y de fiar que hacía bien su trabajo. A partir de entonces, nadie la había creído.

Si quería volver a enseñar, tendría que hallar el modo de limpiar su reputación. Pero hasta entonces, tenía que seguir dando de comer a su hijo.

–Quería una mujer más madura para cuidar al niño –prosiguió el señor Hollister. –Y usted tiene el inconveniente de que tiene un

hijo.

–Cody tiene diecisiete meses, sólo es seis meses mayor que su hijo. Se harían buena compañía –insistió ella, pero al ver la expresión de él deseó no haber abierto la boca.

–Ya tengo bastante con un niño ruidoso en casa. Dos serían un desastre. Debería indicarle la salida, pero Sarah me ha jurado que usted es la candidata mejor cualificada, y necesito una niñera de forma inmediata. Usted es la única disponible.

Las esperanzas de Anna comenzaron a aumentar. Él se puso de pie, apoyó los puños en el escritorio y se inclinó hacia delante.

–Pero estaré observándola. Un solo movimiento en falso y, por muy desesperado que esté, su hijo y usted irán a la calle. ¿Queda claro?

Anna dio un profundo suspiro de alivio y se le saltaron las lágrimas porque, aunque el señor Hollister no confiaba en ella, le había dado el empleo.

–Sí, señor Hollister.

–¿Cuánto tardará en recoger sus cosas y volver?

Ella calculó con rapidez el tiempo y el coste del viaje. ¿Tendría dinero para pagar un taxi hasta la estación?

–Se tarda una hora en ir y otra en volver en tren, y necesitaré una hora más para hacer la maleta. Estaremos de vuelta cuando Graham vaya a cenar.

–¿No tiene coche?

–No.

–Tiene que empezar inmediatamente. La llevaré en coche.

Eso implicaba que estaría a solas con él en su piso.

–Pero…

–No hay peros que valgan. ¿Quiere el empleo o no?

–Lo quiero. Pero tengo que hacerle una pregunta.

–¿Cuál?

–La señora Findley no me ha dicho claramente por cuánto tiempo me necesitará usted. Me ha dicho que hasta que la madre de Graham vuelva de trabajar en el extranjero, sin especificar si será dentro de unas semanas o de unos meses.

–No se lo ha dicho porque no lo sabemos. Su contrato será de duración indefinida. Se le pagará mensualmente tanto si trabaja un día al mes o el mes completo, y se le dará un mes extra de sueldo cuando el trabajo acabe. Si eso le supone un problema, deje de malgastar mi tiempo.

–No, está bien –el sueldo que le ofrecía era muy elevado.

–Entonces, firme –le entregó un documento y un bolígrafo.

–¿Puedo leer antes el contrato?

–Léalo mientras la llevo a su casa –rodeó el escritorio y se

acercó a ella. Anna retrocedió sin querer. Era un hombre muy alto y ancho de hombros, un hombre poderoso no solo desde el punto de vista económico, un hombre de la misma clase que el que había conseguido que la despidieran.

–Vámonos. Sarah cuidará de su hijo mientras recogemos sus cosas.

Alarmada, Anna miró por la ventana. No le hacía ninguna gracia dejar a Cody con una desconocida y rodeado de agua. La propiedad se hallaba frente al río y, además, había una piscina y un jacuzzi. Pero no tenía más remedio.

–¿Le importa que me despida de Cody y hable un momento con la señora Findley?

La pregunta pareció irritarlo.

–Dese prisa. Voy a por el coche. La espero en la puerta principal. De camino a su casa pararemos en el laboratorio para que se haga la prueba de que no consume drogas. No hace falta que le diga que si esta resulta positiva o si sus referencias son falsas, la despediré sin indemnización.

–Entiendo. No tiene que preocuparse por nada, señor Hollister. Y gracias por darme una oportunidad –le tendió la mano, pero él no se la estrechó.

–No haga que me arrepienta.

Anna abrió la puerta mientras comparaba mentalmente su humilde casa con la lujosa mansión del hombre que la acechaba por detrás como un ave de presa. Todo el piso cabría en el salón en que la señora Findley le había hecho la entrevista preliminar y le había comentado los detalles del puesto.

Salvo cuando Anna indicó al señor Hollister cómo llegar desde el laboratorio a su piso, el viaje había transcurrido en un silencio incómodo. Le daba la impresión de que su jefe no tenía buen concepto de ella. Y el contrato había sido confuso. ¿Por qué había tenido que firmar una cláusula de confidencialidad? ¿Qué ocurría en el hogar de los Hollister que pudiera interesar a otras personas?

El señor Hollister entró detrás de ella y dirigió la mirada al escaso mobiliario: un sofá de segunda mano, una mesita con una lámpara, una cesta de plástico con los juguetes de Cody, una minúscula mesa de cocina con dos sillas y la trona del niño. No tenía mucho, pero Cody y ella no necesitaban mucho. Además, al haber pocos muebles el niño tenía más espacio para jugar.

–¿Se acaba de mudar? –le preguntó su nuevo jefe.

–Llevo aquí casi cuatro años.

–¿Está cambiando la decoración?

–No –muchos de los alumnos a los que daba clases particulares

vivían en mansiones espectaculares como las del señor Hollister, al igual que él, no tenían ni idea de cómo vivían las personas menos afortunadas.

–¿Le gusta el minimalismo?

–Mi ex se llevó la mayor parte del mobiliario al marcharse –reconoció ella de mala gana. Además del coche y su confianza y su creencia en el amor.

–¿Cuándo fue eso?

Era un hombre inquisitivo, pero estaba en su derecho a ser precavido, ya que ella viviría en su casa y tendría acceso a sus bienes. No necesitaba haber estudiado Arte para saber que las pinturas y esculturas originales que poseía valían más de lo que ella había ganado en un año en la escuela.

Pero ella también estaba en su derecho a desconfiar al estar sola con un desconocido rico e influyente. Había aprendido que la riqueza suele implicar arrogancia, y esta, la sensación de tener derecho a todo y a no aceptar una negativa.

Dejó la puerta de entrada entornada a propósito.

–Todd se marchó cuando yo estaba en el hospital dando a luz a nuestro hijo.

El señor Hollister entrecerró los ojos. Algo en su tono le debía haber indicado que la traición todavía le dolía. Una cosa era que Todd se hubiera cansado de ella, pero rechazar su propia sangre…

–¿No le dijo que se iba?

–No. Me dejó en urgencias y dijo que iba a aparcar, pero no volvió. Temí que… No supe que se había marchado hasta que volví en taxi con Cody al piso y vi que estaba vacío.

–Supongo que a su marido no le gustó que se quedara embarazada.

Anna se puso rígida.

–Se necesitan dos personas para tener un hijo. Cody fue una sorpresa para ambos. Estábamos recién casados y teníamos la intención de esperar unos años antes de tener descendencia. Pero esas cosas pasan.

–¿Qué le parece a él que haya solicitado este puesto de trabajo?

–No le parece nada porque ya no forma parte de nuestras vidas.

–¿Sigue casada?

–Estoy divorciada. Siéntese por favor. Haré la maleta lo más deprisa posible.

–¿Le pasa una pensión para mantener al niño?

–No.

–¿Por qué no?

–Ni siquiera sé dónde está, y si no quiere estar con nosotros, prefiero no relacionarme con él.

–¿Y el asunto de la custodia?

–Renunció a sus derechos paternos en el acuerdo de divorcio –y el hecho de que hubiera estado contento de hacerlo mató en ella todo rastro de ternura por él. –No se preocupe de que Todd vaya a presentarse en su casa y a crear problemas. Perdone.

Anna salió precipitadamente de la habitación antes de que él siguiera haciéndole más preguntas. No quería hablar del fracaso de su matrimonio ni de lo mal que había juzgado a su exmarido. Para eso le bastaba con llamar a su madre y escuchar su cantinela de «ya te lo decía yo».

Metió la ropa de Cody y su mono de peluche preferido en una bolsa. Su vida hubiera sido mucho más sencilla si hubiera hecho caso a sus padres, que consideraban que Todd era un gorrón y le habían prohibido verlo. Pero a los veinte años estaba eufórica por la libertad de que había gozado en la universidad, las atenciones de Todd la habían abrumado y había sido muy ingenua para ver algo que no fuera lo que quería ver: su encanto cautivador, su increíble talento musical y sus grandes sueños.

Esa ceguera amorosa había alcanzado su apogeo cuando Todd la convenció de que se casaran después de licenciarse. Y aunque sus padres, cuando ella les dijo que iban a casarse, la habían puesto de patitas en la calle y le habían dicho que tendría que atenerse a las consecuencias de su impulsiva conducta, no se había arrepentido de su decisión.

Si les hubiera hecho caso no tendría a Cody, y cualquier dolor o sacrificio valía la pena por su niño.

Lo más importante que le había enseñado la traición de Todd y de sus padres era que estaba mejor sola con su hijo. No le hacía falta un hombre. Cody era su familia.

Llevó la bolsa a la caja de juguetes de su hijo y la metió en ella. No había visto juguetes en casa de los Hollister, pero no le habían enseñado el cuarto de juegos.

Hollister señalo la cesta.

–¿Tenemos que llevárnosla?

–Sí.

–La bajaré al coche y volveré a por lo demás.

–Pero son cuatro pisos…

–Ya lo sé.

Habían tenido que subir andando porque el ascensor estaba estropeado.

–Estaré lista cuando vuelva.

Cuando él se hubo marchado, ella sintió que se liberaba de la tensión. Había conseguido un trabajo que le permitiría vivir y, si el señor Hollister le daba buenas referencias, tal vez encontrara otro

trabajo después de aquel.

Recogió sus cosas. Se le había olvidado preguntarle cómo tenía que vestirse, pero esperaba que su guardarropa de estilo informal fuera suficiente.

Llamaron a la puerta. Era Elle, su vecina, una chica de trece años.

–¿Te han dado el trabajo?

–Sí, empiezo hoy.

–Supongo que ya no necesitarás una canguro.

–Estoy segura de que te necesitaré cuando vuelva. Es un trabajo temporal.

–Os echaré de menos –a Elle le temblaron los labios.

Anna la abrazó.

–Y nosotros a ti.

El señor Hollister volvió y se detuvo bruscamente al contemplar la escena.

–¿Está lista?

Anna soltó a Elle.

–Prácticamente. Elle, éste es el señor Hollister. Voy a cuidar a su hijo, Graham.

La chica trató de contener las lágrimas.

–Mucho gusto.

Anna le pasó la mano por el pelo.

–Elle vive en el piso de enfrente. Cariño, ¿por qué no miras si queda comida que pueda echarse a perder en la nevera? Llévatela. Y en el armario hay dos cajas de cereales y un tarro de mantequilla de cacahuete abiertos. Llévatelos también. Y el pan que hay en la encimera.

Elle se marchó y el señor Hollister enarcó una ceja.

–¿Da de comer a los vecinos?

Sonó como si fuera un insulto.

–Elle cuida a Cody cuando doy clases particulares. Como nos vamos, dejará de ganar un dinero que su familia necesita.

Cuando la chica volvió con dos bolsas llenas de comida, el señor Hollister la examinó de la misma forma que había hecho con Anna, hasta que Elle lanzó una mirada de preocupación a su vecina.

–¿Estás segura de que puedo llevármelo todo, Anna?

–Totalmente, Elle. Aquí se echaría a perder. Y ya sabes que detesto tirar la comida.

–¿Tiene teléfono móvil? –le preguntó el señor Hollister a Anna.

–No.

Él sacó la cartera y de ésta tomó una tarjeta y dos billetes que dobló antes de que Anna viera su valor.

–Cuide de la casa de la señorita Aronson mientras no esté. Y si

surge algún problema, llámela a este número –dijo tendiéndole la tarjeta y los billetes a la chica.

Anna se mordió los labios para ocultar su sorpresa. Y asintió con la cabeza para que Elle los agarrara.

–Te lo agradecería, Elle. Te avisaré cuando vayamos a volver.

El señor Hollister señaló la trona de Cody.

–Será mejor que se lleve eso.

Salió del piso detrás de Elle con el resto del equipaje de Anna. Ésta plegó la trona, cerró la puerta y bajó las escaleras.

En la calle se paró al lado del señor Hollister.

–Ha sido muy amable al darle la tarjeta y el dinero a Elle.

–No tiene importancia –cerró el maletero y puso la trona en el asiento trasero.

–Su padre está discapacitado y…

–No me interesa ni hay necesidad de que conozca los detalles.

La frialdad de su tono reveló la dureza de su forma de ser.

Durante unos segundos le había parecido que se comportaba como un ser humano, e incluso que sentía compasión.

Pero lo había malinterpretado.

Anna se preguntó si no estaría cometiendo un error garrafal.

Pierce no se había tragado el despliegue de generosidad de Anna con su vecina.

No la había llevado en coche a su casa por magnanimidad, sino porque quería que se ocupara del hijo de Kat inmediatamente. Y porque quería hacerse una idea de cómo era la mujer que había engañado a su secretaria, que normalmente era astuta.

Sarah llevaba con él desde que, siete años antes, la repentina muerte de su padre había obligado a Pierce a tomar las riendas de la empresa. Había trabajado para su padre veinte años. Nadie conocía la empresa como ella y, en el tiempo que llevaban trabajando juntos, él nunca había dudado de su inteligencia, hasta ese día.

Miró a la mujer de cara pecosa, pelo negro y largo y piernas aún más largas, que iba sentada en el asiento del copiloto. Era guapa, pero no tanto como para volver locos a los hombres, y su forma poco atrevida de vestir no inducía a pensar que estuviera buscando un amante. La historia que le había contado no cuadraba.

Y luego estaba la forma en que había estudiado los cuadros, como si supiera su valor. La colección estaba asegurada, pero tendría que vigilar a la señorita Aronson.

Su piso, casi vacío, el culebrón sobre su exmarido y el montón de facturas que había en la mesa de la cocina indicaban que se hallaba en una situación muy difícil, que estaba lo bastante

desesperada para hacer lo que fuera con tal de conseguir dinero.

Como insinuarse a un progenitor rico.

O vender pinturas robadas.

Estaba convencido de que había cometido un error al contratarla. Después, la señorita Aronson había ayudado a su vecina, y lo había hecho de modo que pareciera que esta le hacía un favor aceptando lo que le ofrecía.

A él le había sorprendido que la nevera y los armarios, cuando la chica los había abierto, estuvieran casi vacíos. No veía una despensa tan vacía desde la época en que había vivido con una familia de acogida.

Solo después del comentario de Anna sobre el desperdicio de la comida se había dado cuenta de que la chica no estaba delgada, sino escuálida. Y Anna le había dado toda la comida que tenía manejando la situación con una delicadeza que no él no dejaba de respetar.

Mantuvo la vista fija en la carretera, pero sus pensamientos se dirigían a la mujer pálida y silenciosa sentada a su lado.

Aunque Sarah creyera que haber encontrado una mujer tan cualificada como Anna, cuando estaba desesperado, era un regalo del cielo, la vida le había enseñado que cuando algo parecía demasiado bueno para ser verdad, en el noventa y nueve por ciento de los casos no lo era.

Era indudable que tendría que vigilar a Anna Aronson.

Capítulo 2

Anna estaba muy nerviosa, y que su jefe fuera conduciendo en silencio y con el ceño fruncido no mejoraba las cosas.

Sin nada que hacer, tenía todo el camino de vuelta a la mansión para pensar si mudarse a la casa de un desconocido era lo acertado para Cody y para ella. Se hallaban en una situación de vulnerabilidad.

Pero ¿tenía otra opción? Estaban a mediados de septiembre y las escuelas ya habían contratado al personal docente. El trabajo de niñera era el único disponible para el que estaba preparada.

Tragó saliva. Tenía la garganta seca.

–¿Vive la señora Sarah con usted?

–Está en casa desde la semana pasada, pero esta noche volverá a la suya.

–¿Y el ama de llaves?

–Viene tres veces en semana.

Eso implicaba que su jefe y ella estarían solos, con los niños.

Había algo en Pierce Hollister que la inquietaba y no sabía qué era. Hacía que se le disparara la adrenalina y le sudaran las manos.

–Graham se le parece –afirmó en un esfuerzo por cambiar la dirección de sus pensamientos.

–Ni siquiera tiene un año. Todavía no se sabe.

–Claro que sí. Tiene la nariz, la barbilla y el pelo como usted, y la forma de los ojos es la misma, aunque los suyos son azules en vez de castaños. ¿No se ha dado cuenta del parecido?

–Se lo imagina usted.

–Si compara fotos de cuando usted era pequeño con las del niño, se dará cuenta de que es verdad.

Hollister frunció aún más el ceño.

–No tengo fotos de cuando era pequeño.

–Tendrá su madre.

–Mi madre ha muerto.

–Lo siento. Tal vez las tenga su padre.

–Me adoptaron. No hay fotos.

Se produjo un silencio incómodo.

–¿Qué edad tenía cuando fue a vivir con su nueva familia?

–Ocho años. Y el niño no se me parece.

–Sarah me ha dicho que Graham tiene once meses. Es grande para su edad y se desenvuelve muy bien. ¿Cuándo empezó a andar?

–No lo sé.

¿Cómo podía haber olvidado un hecho tan crucial? O tal vez se estuviera comportando de forma grosera porque no quería hablar con ella. Se quedó en silencio, pero solo durante cinco minutos, ya que la inquietud hizo que le preguntara:

–¿Cuándo es su cumpleaños?

–El mes que viene.

–Si quiere hacerle una fiesta, puedo encargarme de organizarla.

–De eso se encarga su madre.

–Pero he creído entender que no estará de vuelta para entonces.

–Estoy haciendo todo lo que está en mi mano para conseguir que regrese.

–En todo caso, si no vuelve, yo me encargaré. Cumplir un año es un acontecimiento. Puede grabar la fiesta en video para que ella no se sienta excluida.

–No habrá fiesta –le espetó él en voz tan baja que más pareció un gruñido animal.

Ella pensó que la familia Hollister era extraña y que lo mejor que podía hacer era saber cuanto antes lo que se esperaba de ella, para lo cual necesitaba algo más que los escasos detalles que le había dado Sarah.

–¿Qué partes del día quiere pasar con Graham?

–Ninguna.

–¿No come ni cena con él? –preguntó ella, sorprendida.

–Tengo que trabajar. Voy retrasado por tenerlo conmigo.

Sus palabras trajeron a Anna recuerdos de su propia vida. Su madre, su hermana y ella casi siempre comían y cenaban solas, incluso cuando su padre estaba en casa, ya que se encerraba en la biblioteca a trabajar. A ella no le cabía en la cabeza que alguien tuviera un hijo y no quisiera verlo desarrollarse.

–Parece que Sarah no le ha explicado la situación de forma comprensible. Graham es responsabilidad suya hasta que deje de trabajar en mi casa. El ama de llaves le echará una mano cuando sea imprescindible. Se le pagará generosamente por el exceso de horas. Tengo que cumplir unos plazos y no se me puede interrumpir.

A ella se le erizó el pelo de la nuca. Durante unos segundos hubiera jurado que su padre había salido de la tumba.

–¿Quiere decir que no desea estar con su hijo en ningún momento?

–Sí. ¿Hay algún motivo por el que me esté interrogando, señorita?

–Trato de hacerme una idea del estado emocional de Graham.

–Es un bebé. Lo único que le preocupa es comer, dormir y que

le cambien los pañales. La he contratado para que sea su niñera, no su psiquiatra.

–Ser lo primero implica en gran medida ser lo segundo. Como los bebés no pueden expresar sus necesidades en palabras…

–Limítese a que los malditos niños no me estorben. Para eso la pago. De hecho, preferiría no saber que los niños y usted están en casa.

Ella lo miró desconcertada. Ya sabía que el trabajo parecía demasiado bueno para ser verdad, y acababa de descubrir el truco.

–Muy bien –dijo al tiempo que se compadecía del pequeño, que no entendería por qué su padre no quería verlo.

Sabía por propia experiencia que era un dolor que no se olvidaba.

El señor Hollister entró en la propiedad y detuvo el coche frente a la casa de piedra gris. Se abrió la puerta principal y Sarah Findley salió con Graham en brazos y Cody agarrado de la mano. En cuanto Anna se bajó del coche, su hijo se soltó y corrió hacia ella levantando los brazos.

Anna lo tomó en los suyos y lo abrazó.

Sarah le entregó a Graham.

–Anna, mientras estabas fuera, he pedido otra cuna y la he puesto en la suite de invitados. También he encargado la cena. La tenéis en la cocina. Me marcho –extendió la mano hacia su jefe y él dejó caer en ella las llaves del coche.

Parecía poco habitual, que, dada la fortuna del señor Hollister, compartiera el coche con su secretaria.

Pero había muchas cosas que carecían de toda lógica en aquella casa.

–¿Te importa que saquemos las cosas antes de que te vayas corriendo? –le preguntó Pierce con un deje de humor y una sonrisa torcida.

Era la primera vez que Anna lo veía sonreír. Se quedó sin respiración. Resultaba muy atractivo cuando no se portaba como un amargado, y su mirada era cálida en vez de fría como el hielo. Pero le molestó que su afecto lo dirigiera hacia su secretaria en vez de hacia su hijo. Ni siquiera lo había mirado desde que habían llegado.

Sarah sonrió.

–Esperaré incluso a que metas mis bolsas en el maletero.

Anna observó el equipaje que estaba en el porche.

–No te he enseñado tus habitaciones –le dijo Sarah. –Ve a verlas, si quieres. Al final de las escaleras, gira a la izquierda.

–Le subiré sus cosas –le dijo su jefe.

–Muy bien, gracias –entró con los dos niños en brazos y dejó en el suelo a Cody al llegar al vestíbulo. –Vamos arriba, cariño.

Siguiendo las instrucciones de Sarah, giró a la izquierda. El dormitorio estaba hermosamente decorado, pero se percató de que lo único que indicaba que era el cuarto de los niños eran las dos cunas. No había juguetes.

Dejó a Graham, que se había quedado dormido, en la cuna. Las preguntas no cesaban de acosarla. ¿Por qué aquel niño tenía que dormir en la habitación de invitados? ¿Por qué no había medidas de seguridad en la casa para evitar que se hiciera daño o se escapara? ¿Quién se había ocupado de él hasta entonces? ¿Por qué se mostraba Pierce tan frío con su hijo?

Cody entró corriendo en el cuarto de baño. Anna lo siguió.

–Después te bañaré. Ahora vamos a buscar la habitación de mamá.

Recorrieron un corto pasillo que desembocaba en la sala de estar. Después estaba el segundo dormitorio, con una cama enorme, un lujoso cuarto de baño y un vestidor, todo ello también hermosamente decorado, pero sin vida.

Oyó el sonido de un coche que se alejaba. Se le secó la boca al constatar que estaba sola con su jefe y que pronto descubriría si era un mujeriego.

La sobresaltó un ruido a sus espaldas. Era el señor Hollister con el equipaje.

–¿Dónde está el niño?

–Graham se ha quedado dormido y lo he metido en la cuna.

–Vigílelo de forma regular.

–¿Es ésta la habitación que ocupa cuando viene de visita?

–No viene de visita.

–¿Nunca? Entonces, ¿lo ve en casa de su madre?

–Señorita Aronson, mi vida personal no le concierne –contestó él con brusquedad. –Instálese. Tanto usted como los niños pueden comer cuando quieran.

–¿Se podrían poner vallas de protección para los niños al principio y al final de la escalera?

–Dígaselo a Sarah mañana. Ella se encargará. Buenas noches.

Anna se sintió perdida en aquel lugar desconocido, sin amigos ni aliados. Esperaba no necesitarlos.

Pierce se detuvo en la puerta de la cocina al ver que allí estaban Anna y los niños. Era evidente que su inmensa casa no era suficientemente grande para no toparse con ellos.

Anna estaba pelando un plátano para desayunar.

–Buenos días, señor Hollister.

–Ha madrugado.

–Su hijo se ha despertado pronto.

–El hijo de Kat.

Anna inclinó la cabeza y su pelo negro se le deslizó por los hombros. Él se dio cuenta entonces de que parecía que no se había peinado, como si hubiera tenido que levantarse muy deprisa. Tenía los ojos de color azul claro y su mirada era soñolienta.

–¿Kat es su madre?

–Sí.

–He preparado el desayuno de los niños. Espero que no le importe que no le hayamos esperado –cortó el plátano en trozos y los repartió entre los dos platos de los niños, los besó ruidosamente en la cabeza, lo que les hizo reír, y fue a lavarse las manos al fregadero.

Era alta y delgada. Su aspecto de recién levantada y el aroma a madreselva que despedía le resultaron a Pierce inquietantemente atractivos.

–Sírvase lo que quiera de lo que hay en la cocina.

–Hablando de eso… He hecho inventario de la nevera y la despensa. No hay mucho.

–Los armarios están llenos de comida.

–Pero no para los niños. ¿Qué le gusta comer a Graham?

Él se dio cuenta de que le estaba mirando la boca y alzó la vista con brusquedad hasta sus ojos.

–No lo sé.

–¿Tiene algún tipo de alergia alimentaria?

El interés de Pierce se vio sustituido por la irritación.

–Tampoco lo sé. El ama de llaves se ocupa de comprar. Haga una lista y désela cuando venga hoy.

–Eso haré. Y si usted va a venir todas las mañanas, y estoy segura de que a Graham le encantaría, prepararé el desayuno para los cuatro.

¿Desayunar con aquel par de niños con la cara y las manos llenos de comida? No, gracias. Sintió la necesidad de huir, pero el estómago le rugía de hambre.

–El desayuno me lo prepararé yo, hoy y todos los días.

Abrió la nevera y sacó los ingredientes para hacerse un sándwich a toda prisa.

–¿Dónde guarda los juguetes de Graham? –le preguntó ella.

–Pregúnteselo a Sarah. Puede que haya comprado algunos la semana pasada.

–Graham está aquí… de forma legal, ¿verdad? –preguntó ella con miedo.

Pierce apoyó los puños en la encimera. Lo último que le faltaba era una histérica que llamara a las autoridades. Aunque no tuviera nada que ocultar, la policía haría que se retrasase en su trabajo.

Era paradójico que Anna creyera que había secuestrado al niño cuando él había tenido que obligar a Kat a que incluyera su apellido en el certificado de nacimiento del bebé por si se presentaba una emergencia. Kat le había asegurado que no tendría que recurrir a él, pero se había equivocado.

–Soy el tutor legal del niño hasta que su madre regrese. Si quiere ver los documentos, los tiene Sarah.

–¿Qué ha pasado con la niñera anterior?

–Dejó al niño en los servicios sociales al ver que la madre tardaba en volver.

No había revelado la identidad de Kat a propósito, para que no se solicitaran el puesto personas que estuvieran más interesadas en la fama de la madre que en el bienestar del hijo. En los últimos tiempos, muchos empleados habían vendido los secretos de sus jefes a los medios de comunicación. La relación entre Kat y él, por tensa que fuera, era privada. Y si trascendía, la imagen de su empresa se deterioraría.

–Pobre Graham –dijo Anna. –¿Podríamos ir a casa de su madre a recoger algunas cosas?

–Kat vive en Atlanta.

–Demasiado lejos. ¿Le importa que agarremos algunas cosas de la cocina?

–Me da igual cómo entretenga al niño –replicó él a punto de estallar. –Hágalo y déjeme tranquilo.

Ella palideció, lo que hizo que se le destacaran las pecas en la piel. Él pensó en que se parecían a la canela con que su madre le espolvoreaba en las tostadas. Él solía lamerla y…

–Muy bien –dijo ella.

Sintiéndose como si hubiera dado una patada a un gatito, Pierce agarró el plato y una botella de agua y se fue al despacho.

Encendió la televisión para ahogar el ruido que venía de la cocina y trató de concentrarse en la CNN mientras comía. Aunque un equipo le ponía al día sobre la situación de Kat, a veces se enteraba por el telediario antes de recibir un informe.

La niñera y sus incesantes preguntas le habían quitado las ganas de comer. Apartó el plato y se dispuso a trabajar.

Lo primero era decidir a quién le daría la beca ese año. Metió la mano en la caja de las solicitudes que aún no había leído, agarró una y giró la silla para situarse frente a las tres cajas que había en la mesa supletoria. En una estaban las solicitudes rechazadas; en otra, las que tenían posibilidades; la de las aceptadas estaba vacía.

Cada año había más gente que necesitaba que le echaran una mano. No podía ayudarlos a todos, así que buscaba la persona que tuviera más potencial y ambición.

Acababa de leer el nombre del solicitante, cuando Sarah entró en la habitación.

–Ah, es la primera noche que duermo de un tirón desde hace una semana. Siento no haberme quedado anoche, pero con la úlcera molestándome, necesitaba un poco de tranquilidad.

–No pasa nada.

–¿Se las arreglaron Anna y los niños anoche?

–No lo sé.

–¿No se lo has preguntado mientras desayunabais?

–He comido aquí –respondió él indicando el plato con la cabeza.

–Nunca he hablado mal de tu padre, pero…

–No vayas a empezar ahora.

–Pero a los niños no hay que alejarlos porque nos resulte conveniente.

–Lo dirás por experiencia.

Ella hizo una mueca y su expresión se volvió sombría. Pierce se arrepintió de lo que había dicho.

–Perdona.

–No, tienes razón. Mi marido y yo no pudimos tener hijos, lo cual lamento cada día más y hace que me guste la compañía de los hijos ajenos, aunque en pequeñas dosis. Y sobre todo ahora, que voy a cumplir cincuenta y mis amigos ya tienen nietos. Graham te necesita, Pierce.

–Tiene a su madre, y a una niñera que tú has elegido.

–No repitas los errores de tu padre. Dedica tiempo a tu hijo. Si lo haces, Graham te enriquecerá la vida de un modo que ni te imaginas.

–Es hijo de Kat.

–De Kat y tuyo. Da igual que Katherine se quedara embarazada sin consultártelo. Graham sigue siendo de tu propia sangre, como lo demuestran el hecho de que ahora tengas su custodia temporal y las cantidades que pagas de pensión cada mes.

–Le dedicaré tiempo cuando sea mayor y pueda entrar a hacer prácticas en la empresa, como hizo Hank conmigo.

–Entré a trabajar de secretaria de Hank cuando la empresa disponía de un presupuesto muy reducido. Al iniciar las gestiones para adoptarte, creí que un niño le dulcificaría el carácter, pero no cambió de forma de ser ni siquiera cuando te trajo a casa. Siguió trabajando hasta muy tarde y sin tomar vacaciones. Traté de explicarle que un niño, sobre todo uno de ocho años que acababa de perder a su familia, necesitaba cariño y atención. ¿Y qué hizo el muy estúpido? Casarse con una mujer treinta años más joven a pesar de que la única a la que amaría durante toda su vida fue la fresca que lo abandonó para casarse con su hermano.

Pierce frunció el ceño al recordar. Al cumplir los trece años, un día, al volver del internado por las vacaciones de verano, le habían presentado a su nueva mamá, a la que lo único que le interesaba era ir de compras y gastarse el dinero de Hank, y que había desaparecido cuando él volvió de nuevo a casa por Navidad.

–Muchas veces le pregunté –prosiguió Sarah– para qué tenía un hijo si no quería estar con él.

–Necesitaba un heredero para evitar que su hermano, que le había robado la novia, heredara la empresa.

–Ese no es motivo para que un niño entre en tu hogar. Y tú te volverás un cascarrabias como tu padre si no dejas que nadie traspase la armadura que llevas. Entiendo que desconfíes de Katherine porque te engañó. Pero Graham no tiene la culpa. Y darle dinero no va a colmarte como lo haría que le dieras afecto y recibieras el suyo. Y por muchas becas que concedas, tu hermano no va a volver.

Había sido un ataque directo a la yugular. Pero Sarah no sabía nada del bebé que había en la familia que lo acogió, el que había muerto. Y Pierce había sido el último en verlo con vida. Trató de alejar el recuerdo de su memoria.

–Tal vez pueda evitar que otro niño corra la misma suerte que Sean. Por eso examinamos miles de solicitudes.

–Sean eligió mal después de morir tus padres porque había perdido el vínculo emocional con las personas que lo orientaban. Asegúrate de no poner a tu hijo en la misma situación.

Sarah le pedía demasiado. Dejar que Graham o cualquier otra persona entrara en su vida lo haría vulnerable. Todos sus seres queridos habían muerto: sus padres, su hermano y Hank.

Kate volvería, se llevaría al niño a Atlanta y acabaría encontrando a alguien que quisiera casarse con ella.

Mantenerse a distancia era lo más sencillo para él a largo plazo. Cuando tuviera algo que ofrecerle al hijo de Kat, como un empleo en la empresa, le enseñaría a llevar el negocio, si le interesaba. Pero hasta entonces, no iba a dedicar tiempo a un invitado temporal.

Capítulo 3

Anna llevaba cuatro días trabajando, y dos de ellos no había visto a su jefe.

Lo bueno era que no había querido aprovecharse de ella ni se le había insinuado. Lo malo era que su hijo no le interesaba lo más mínimo.

Su enfado ante esa situación había reactivado el resentimiento siempre latente contra el padre de su hijo. ¿Todos los hombres eran unos idiotas egoístas que procreaban sin pensar en la nueva vida que traerían al mundo?

Era cierto que el señor Hollister no había malcriado al niño inundándolo de bienes materiales para compensar su falta de atención hacia él, cosa que su propio padre había hecho. Pero los mejores regalos, como el amor y la atención, eran gratis.

Comprobó que los niños estaban dormidos. El sol brillaba y hacía una temperatura muy agradable. Le hubiera gustado sentarse en el jardín a leer, pero, con las prisas, no había metido ningún libro en la maleta.

Tal vez su jefe pudiera prestarle algo. Sabía que estaba solo porque había oído salir el coche de Sarah hacía diez minutos. Aunque no le hacía gracia enfrentarse al león en su cueva, lo prefería a pasarse dos horas mirando al techo. Bajó las escaleras, se dirigió al despacho y llamó a la puerta.

–Entre.

Hollister estaba sentado a su escritorio con un montón de papeles frente a él.

–Siento molestarlo, pero ¿podría prestarme un libro? Los niños están durmiendo la siesta y…

–Dese prisa –respondió él mientras le señalaba una estantería.

–Gracias.

La mayor parte de los libros estaban relacionados con la empresa. Estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando vio una novela de suspense de uno de sus autores preferidos. Lo agarró.

–¿Lo ha leído?

–No

–Ah –ella volvió a ponerlo en su sitio.

–Lléveselo.

–¿Está seguro?

–No tengo tiempo de leerlo.

–Muy bien, gracias –y aunque estaba deseando salir de allí, se armó de valor para hablarle.

–Me gusta mucho cuidar de Graham. Es un niño adorable. Su madre y usted estarán muy orgullosos de…

–Ponerse a charlar conmigo no es la mejor manera de convencerme que no se insinuó a aquel padre en su anterior trabajo.

–Lo único que trataba de decirle es que pasara algún rato con su hijo –replicó ella indignada.

–Sólo es mi hijo biológico.

–No le entiendo.

–Ni falta que hace, señorita Aronson, y si desea conservar su puesto, salga de mi despacho inmediatamente.

–Muy bien –se dio la vuelta a toda prisa y, sin querer, dio con el codo en una de las cajas de la mesa supletoria. Los papeles se desperdigaron por el suelo.

–Lo siento. Voy a recogerlos –se puso de rodillas y comenzó a hacerlo. Todos ellos tenían el mismo encabezamiento: «Beca en memoria de Sean Rivers».

De pronto vio unos mocasines frente a ella. Hollister la sorprendió al agacharse para ayudarla. Sus dedos chocaron y ella sintió una descarga eléctrica que la obligó a retirar la mano bruscamente.

¿Qué era aquello? No podía ser atracción. De ninguna manera. No podía sentirse atraída por un adicto al trabajo.

Era alarma, inquietud, ya que no quería que la volvieran a acusar de insinuarse.

Lo miró a los ojos.

–Después de quince años de ballet, debería tener más gracia al moverme.

Él le arrebató los papeles y se incorporó.

–¿Y cómo no siguió después de quince años?

–Porque todo el entusiasmo y la determinación del mundo no son suficientes cuando se carece de sentido del ritmo –agarró un papel que estaba debajo del escritorio. –¿Quién es Sean Rivers?

–Mi hermano.

–Por lo que dice aquí ¿significa que…?

–Sí, está muerto –afirmó él sin emoción.

–Lo siento. ¿Y todo esto? –señaló los montones de papeles.

–Aunque no es de su incumbencia, mi empresa, Hollister Ltd., ofrece una beca universitaria anual a un estudiante que se halle dentro del régimen de acogida familiar.

El régimen de acogida familiar. Y él había sido adoptado. ¿Quería eso decir que tanto él como su hermano habían sido acogidos durante un tiempo?

–¿Elige usted personalmente al estudiante?

–Sí.

–¿Está trabajando en eso ahora?

–Entre otras cosas, ya que tengo que dirigir la empresa. ¿No tiene que atender a los niños, señorita Aronson?

–Están durmiendo la siesta. Y los oiré cuando se despierten. Pero le dejo trabajar. Gracias por el libro. Y, por favor, pásese por el cuarto de los niños cuando tenga tiempo. A Graham le encantaría ver a su padre.

Él se estremeció y la miró con tal expresión que ella se fue a toda prisa.

Sin embargo, se había enterado de que su jefe tenía una característica que lo redimía de su carácter: era generoso.

Aunque no con respecto a su hijo, lo cual era imperdonable.

Anna estaba cantando una canción a los niños mientras ellos la acompañaban golpeando con una cuchara de madera una cacerola.

La puerta del cuarto se abrió de golpe y entró el señor Hollister.

–¿Qué demonios está haciendo?

Los niños se quedaron mudos. El labio inferior de Graham comenzó a temblar y buscó consuelo en el pecho de Anna. Ella lo abrazó. ¿Le daba miedo su padre?

–Cantando. ¿Le hemos molestado?

–Sí.

Cody golpeó la cacerola y Graham, desprendiéndose de los brazos de Anna, comenzó a dar palmas. Los dos niños se rieron de forma contagiosa. Eran adorables. Durante unos instantes, a Anna le pareció que la expresión de su jefe se dulcificaba.

Cody le tendió la cuchara al señor Hollister y este lo miró perplejo.

–Le está pidiendo que toque su tambor –le explicó Anna.

–No –respondió él. –Y deje de hacer ruido. Estoy trabajando.

–Lo intentaré.

–No lo intente. Hágalo –dio media vuelta y se marchó.

–Muy bien, niños –dijo Anna. –Hora de bañarse.

Seguro que el señor Hollister no se quejaría de que los niños salpicaban muy alto. Los llevó al cuarto de baño, los desnudó y los metió en la bañera, donde los dejó jugar unos minutos sin perderlos de vista.

Después les lavó la cabeza riéndose de la cara que ponían. Siempre había querido tener hijos, más de uno, pero la vida tenía otros planes para ella.

No se arrepentía de haber rechazado la sugerencia de Todd de que abortara. Creía haberle convencido de que podrían salir

adelante porque, si controlaban los gastos, el sueldo de él daría para que vivieran los tres. Creyó que había aceptado su decisión de tener a Cody.

Pero su desaparición le demostró que estaba equivocada y que sus padres tenían razón al decirle que Todd era un irresponsable.

Secó a Graham primero, lo sentó en la esterilla y le dio uno de los barcos de goma de Cody.

–Espera, cariño, que voy a secar a Cody.

Al niño se le había metido jabón en los ojos y gimoteaba. Anna se los aclaró y oyó que Graham se reía, pero el sonido provenía del exterior del cuarto de baño. Se volvió en el momento en que salía por la puerta del dormitorio. El corazón comenzó a latirle muy deprisa. Esperaba que su jefe se hubiera acordado de cerrar la valla de protección de la escalera que Sarah se había encargado de instalar. Tomo a Cody en brazos y corrió tras el fugitivo.

–¡Graham, para!

El niño pasó de largo por delante de la escalera ya que la valla de protección, por fortuna, estaba cerrada, tomó un pasillo hacia una zona de la casa que Anna aún no había explorado y despareció por una puerta abierta.

El señor Hollister, desnudo de cintura para arriba, miró asombrado a su hijo. Después alzó la cabeza y lanzó una mirada de desaprobación a Anna, que se detuvo bruscamente.

El torso de su jefe parecía el de una escultura, con los músculos bien definidos, la piel bronceada y vello oscuro en los pectorales. Los abdominales destacaban encima de los vaqueros de cintura baja. Y no eran nada comparados con los de los hombros y brazos.

Anna sintió que el corazón se le desbocaba y que se le formaba un nudo en el estómago. Experimentó un fuerte calor en la cara y el cuerpo y se dijo que era producto de lo embarazoso de la situación, ya que acababa de entrar en el dormitorio de su jefe.

Pero sabía que no era ese el motivo. A pesar de que llevaba dos años sin sentirlo, reconoció la mordedura del deseo. ¿Por qué por aquel hombre, cuya actitud hacia su hijo la ponía furiosa?

–¿Qué demonios pasa? –rugió el señor Hollister, lo cual hizo que Graham por fin se detuviera.

–Perdone, pero es que Graham se me ha escapado después de bañarlo.

Por el rabillo del ojo vio la enorme cama, que cubría una colcha negra. En una esquina había una camiseta y pantalones de correr.

Era evidente que había pillado a su jefe en el momento de cambiarse, y si hubiera llegado un minuto más tarde… Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza. Era probable que hubiera estado tan desnudo como los niños.

–Su hijo corre muy deprisa. De tal palo tal astilla, ¿no?

El señor Hollister ni siquiera sonrió.

–Vamos, Graham –dijo ella.

El niño, inmóvil, miraba a su padre con labios temblorosos.

–Vamos, Graham, que tenemos que vestirnos –repitió ella, pero el niño no se movió.

–Y a continuación, las novedades que le hemos prometido sobre la desaparición de la corresponsal internacional Katherine Hersh, dijo el presentador en un aparato de televisión que colgaba en la pared.

El señor Hollister se giró bruscamente hacia ella con el cuerpo en tensión y las mandíbulas contraídas.

Anna dio un paso hacia atrás.

–Nosotros nos…

–¡Silencio! –bramó su jefe.

–Se desconoce por qué secuestraron a Hersh hace tres semanas, y ninguno de los grupos extremistas de la zona donde su equipo la vio por última vez se ha responsabilizado del secuestro. La zona en que desapareció es famosa por las revueltas de la población civil desde hace una década. Si recuerdan, el hermano de Hersh murió cerca de allí mientras cubría un golpe de estado para un canal de televisión. Los rebeldes aún no han solicitado un rescate, y aunque lo hagan y el rescate se pague, no hay garantía de que liberen a Hersh. De momento tratamos de saber si sigue con vida.

–Claro que sigue viva, maldita sea –gruño el señor Hollister.

–Hersh ha efectuado muchos reportajes desde zonas tan inestables como esta, y no es la primera vez que se enfrenta al peligro. Es una de las mejores corresponsales de televisión y se suele decir que tiene un sexto sentido para prever el peligro. Si es así, este le falló hace tres semanas. Si sucede lo peor, cosa que todos deseamos que no ocurra, Katherine dejará un niño pequeño.

En la pantalla apareció la imagen de una preciosa mujer rubia, de ojos verdes y treinta y tantos años, con un bebé en brazos que se parecía mucho al que Anna cuidaba. Esta se quedó sin respiración.

El presentador continuó:

–Les mantendremos informados según se produzcan novedades. De momento hay que esperar y rezar para que Katherine Hersh sea liberada.

En la pantalla aparecieron imágenes de otra noticia. Anna recordó haber leído titulares sobre la desaparición de la periodista.

Katherine Hersh había desaparecido tres semanas antes y el señor Hollister llevaba dos con su hijo.

–¿Es esa Katherine la madre de Graham?

El señor Hollister la miró sin expresión.

–Sí.

–¡Por Dios! Crecí viendo los reportajes de su padre y su hermano, y después los suyos.

–¿Tengo que recordarle que ha firmado un acuerdo de confidencialidad?

–No, pero nunca daría a conocer información privada a menos que un niño estuviera en peligro, y entonces la ley invalidaría cualquier tipo de acuerdo. Han dicho que secuestraron a Kat hace tres semanas, pero Graham está aquí hace menos de dos. ¿Dónde estuvo antes de que usted lo recogiera?

–La niñera lo dejó en los servicios sociales cuando Kat no regresó en la fecha prevista alegando que no iba a perderse la boda de su hermana por el hijo de otra persona –le explicó su jefe, claramente asqueado por semejante conducta.

–¿Y si…? ¿Y si Kat no está bien?

–Lo está –afirmó él con total seguridad, como si fuera algo que dependiera de su voluntad.

–¿Cómo lo sabe? ¿Tiene información de la que carece el presentador?

–Tengo un equipo en la zona que hace preguntas.

–Pero ¿qué hará si no liberan a Kat? ¿Y si se produce la peor de las situaciones y no vuelve? ¿Quién cuidará de Graham? ¿Se convertirá usted en un padre dedicado a él a tiempo completo?

–No será necesario.

¿Y si el señor Hollister se equivocaba?

Anna apartó la mirada de su jefe para dirigirla a Graham. El niño se merecía más que un padre al que temía y que no se relacionaba con él. Necesitaba que lo quisieran.

La conciencia de Anna no le permitiría dejar aquel empleo sin tratar de que se estableciera un vínculo entre el niño y su frío padre.

Era lo mínimo que podía hacer por el pequeño, que tal vez ya hubiera perdido a su madre.

Capítulo 4

Pierce miró fijamente a Anna.

La blusa mojada y casi transparente que llevaba se le pegaba a los senos. Se obligó a apartar la mirada de los círculos oscuros que se veían a través del tejido.

La vista lo estaba distrayendo.

–Está mojada.

–Es por el baño. A los niños les gusta salpicarme. Además, no tuve tiempo de envolver a Cody en una toalla cuando Graham se escapó.

Él utilizó el mando a distancia para quitarle el sonido a la televisión y trató de concentrarse.

–Sáquelos de aquí antes de que uno de ellos moje la alfombra.

–No son perritos, pero tiene razón. Vámonos, Graham –dijo tendiéndole la mano.

El niño gorjeó y se escondió detrás de Pierce. Agarrándolo por los pantalones, sacó la cabeza y miró con picardía.

Pierce no se atrevió a moverse por miedo a pisarlo y a que llorara. En el vuelo desde Atlanta había aprendido que sus gritos resucitarían a un muerto. No hubo forma de calmarlo hasta que cayó rendido. Había sido el peor vuelo de su vida.

–¿Te escondes de mí? –preguntó Anna.

El pequeño gorjeó con más fuerza, claramente excitado.

Pierce experimentó sentimientos encontrados. Quería marcharse de allí, pero pudo más el deseo de sonreír por las gracias del niño, que le habían despertado viejos recuerdos de Sean y él jugando al escondite y corriendo por la casa hasta que su madre los mandaba al patio a que siguieran jugando.

Y el terrible recuerdo de ver que se llevaban a un bebé de su casa de acogida en una bolsa para cadáveres.

–Voy a atraparte –dijo Anna. Sonriendo, se agachó para hacerlo y chocó con el hombro en la nalga de Pierce. Este sintió una descarga eléctrica. El brusco cambio de la desolación al deseo lo conmocionó.

–Ya te tengo –dijo ella levantando a Graham y dando vueltas con él en brazos.

Cuando se detuvo y miró a Pierce, sus ojos azules brillaron divertidos invitándole a unirse.

–Váyase –dijo él mientras sentía fuego en la piel y el corazón le

latía de forma estruendosa. Anna tenía un atractivo que era mejor no tener en cuenta.

–Dale un beso a papá antes de irnos, Graham –dijo ella mientras se le acercaba.

Pierce se estremeció. Aturdido por la proximidad de ella, no tuvo tiempo de negarse antes de que las manitas de Graham se le aferraran al vello del pecho. Sintió un dolor como si lo pincharan con mil agujas y se echó hacia atrás para evitar la barbilla mojada del niño.

–No soy su papá.

–Hasta que su madre vuelva, usted es todo lo que tiene. Y parece que al niño no le importa.

Él trató con suavidad que el niño lo soltara, pero tenía miedo de romperle un dedito.

–Haga que me suelte.

La expresión divertida de Anna cambió a otra de determinación.

–¿A que huele de maravilla? No hay nada como el olor a niño pequeño recién bañado.

Él la fulminó con la mirada.

–Ahora huele bien, pero no durará.

Anna se rio –Suelta a tu padre. Quiere ir a correr.

El niño no le hizo caso. Cada movimiento de sus manitas aumentaba el dolor de Pierce. Y, de pronto, recostó la cabeza en el hombro de su padre.

–*Pa, pa, pa…*

Pierce recordó a otro niño en la misma postura, veintidós años antes. Sintió que se quedaba sin respiración.

–Deja de llamarme así.

–Tendrá que sostenerlo si quiere que intente que lo suelte.

¿Sostenerlo? Hasta aquel momento había conseguido no tener en brazos al hijo de Kat.

De mala gana rodeó con los brazos el trasero desnudo de Graham y se dio cuenta de lo que pesaba; bastante para ser tan pequeño.

Tener que ocuparse de él mientras no estuviera Kat lo abrumaba. ¿Y si el niño se hacía daño mientras estuviera a su cargo? ¿Y si se acostaba una noche y no se despertaba como en el bebé de la casa de acogida?

No sucedería. Había contratado a Anna para que el hijo de Kat estuviera a salvo.

Anna se le acercó aún más. Él aspiró su olor a madreselva.

Ella introdujo el índice en el puño de Graham y rozó con la uña del pulgar la piel de Pierce, y a éste se le puso carne de gallina.

Él tomó aire mientras la excitación le causaba otro tipo de

dolor.

–Déjelo –dijo. –Así me tira cada vez más.

–Suelta a papá, Graham –al ver que no daba resultado, puso los brazos en jarras. –¿Me das un abrazo, cariño?

El corazón de Pierce se le desbocó. Ella lo miraba. ¿Se dirigía a él?

Graham se lanzó hacia ella con tanta rapidez que Pierce estuvo a punto de soltarlo. Sus manos, sus brazos y los de Anna se tocaron y enredaron mientras ella trataba de agarrar al niño. Ella le rozó el pecho, lo cual avivó el fuego que sentía.

Ella agachó la cabeza y retrocedió mientras dirigía la mirada al niño. Pierce pensó que si estuviera intentando insinuársele no se hubiera apartado tan deprisa.

Ella se dio la vuelta y se inclinó para agarrar a Cody. Pierce se fijó en su trasero. Anna no tenía muchas curvas, pero tampoco era delgada como una modelo.

Con los dos niños en brazos, ella se dirigió a la puerta y se detuvo en el umbral.

–Le pido perdón de nuevo por la interrupción. Espero que disfrute corriendo.

Y sin añadir nada más, se marchó dejándolo más inquieto que antes de decidir que iba a hacer ejercicio para aclarar sus pensamientos.

Le daba igual lo que dijeran. Con sus antecedentes, no estaba capacitado para ser padre. En Anna era algo natural.

La oyó alejarse hablando con los niños. ¿Cómo podía atraerle una mujer con dos niños en los brazos cuando una de sus reglas era no fijarse en mujeres con hijos?

Pero era indudable la causa del cosquilleo que sentía en la piel y de lo acelerado de su pulso: le atraía la niñera. Su cara pecosa, sus largas piernas y su magnífico cuerpo. Le fascinaba el leve contoneo de sus caderas al andar.

Pero ya no era un veinteañero. Tenía treinta años y la madurez suficiente para evitar que dicha atracción fuera a más. Una relación con Anna sería un error por varios motivos.

Era su empleada, tenía un hijo y llevaba escrito «para siempre» en la frente. No era de esa clase de mujeres con las que salía para pasar un buen rato y después olvidarlas. Anna querría casarse y tener un hogar lleno de niños, a lo que él no estaba dispuesto.

Ni siquiera aunque se hubiera puesto tenso por la forma en que ella le había mirado el torso desnudo; ni siquiera aunque el roce de su piel lo hubiera quemado; ni siquiera aunque las pupilas dilatadas de ella y sus pómulos sonrojados le hubieran demostrado que también se sentía atraída hacia él.

La niñera era terreno prohibido.

Anna suspiró disgustada y dejó el libro que le había prestado su jefe porque había leído cinco veces la misma página sin enterarse de nada.

Había acostado a los niños, pero no podía dormirse ni tampoco leer a causa de la ansiedad que experimentaba.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Pero el paisaje nocturno no consiguió distraerla de sus pensamientos.

La visita al dormitorio de su jefe había sido conmovedora, dolorosa y estimulante a la vez.

En su rostro se había manifestado toda una gama de emociones: sorpresa, perplejidad y miedo, con medias sonrisas intercaladas.

Su sorpresa y alarma cuando Graham le había echado los brazos hubiera sido graciosa salvo por el hecho de que Pierce no tenía ni idea de cómo tomar en brazos a su hijo, lo cual hacía que el incidente fuera más trágico que divertido.

Pero había sido su total desconcierto sobre cómo conseguir que Graham lo soltara lo que le daba a ella cierta esperanza de tener éxito en su misión de establecer un vínculo entre padre e hijo. Si Pierce fuera el canalla sin corazón que pretendía ser, no hubiera dudado en apartar al niño de malas maneras sin tener en cuenta si le hacía daño.

La mirada suplicante que le había dirigido a Anna para que lo ayudara la había conmovido tanto que se había olvidado de aplicar la estrategia para que un niño dejara de hacer algo que no debiera: distracción y sustitución.

Tal vez si la hubiera recordado estaría durmiendo en vez de hallarse presa de aquella inquietud.

Pero la emoción más perturbadora que ella había contemplado en el rostro de Pierce había sido el miedo cuando Graham había apoyado la mejilla en su pecho.

En el pecho de Pierce.

Recordó la calidez y suavidad de su piel al tocarlo y su olor masculino. Y la piel de gallina que se le había puesto al sentir el roce de los dedos de ella.

La invadió una oleada de calor. Trató de apartar la imagen de su piel bronceada y sus músculos.

Tenía que reconocer que ver que un hombre fuerte se sentía intimidado por un bebé resultaba atractivo y excitante a la vez. Se llevó la mano a su acelerado corazón y se apartó de la ventana.

¿Por qué temía Pierce a su hijo? Estaba segura de que, si lo supiera, podría hacer algo para acercarlos.

Como no podía dormir, decidió hacer algo productivo y

dedicarse a su pasatiempo preferido, además de la lectura: hacer galletas. Así que fue a la cocina pensando que una buena masa de galletas de avena sería el antídoto perfecto para su agitación.

Pierce leía atentamente una de las solicitudes de la beca cuando le rugió el estómago y perdió la concentración. Trató de no hacer caso del hambre que sentía, pero se dio cuenta de que percibía un olor extraño, a algo muy apetecible mezclado con algo desconocido.

Consultó el reloj. Nadie debiera estar levantado a esa hora.

Iría a investigar y, de paso, comería algo para poder seguir trabajando unas horas más.

Fue a la cocina. Al ver a Anna, el corazón le dio un vuelco.

Tenía los ojos cerrados, una cucharilla en la boca y una expresión de absoluta felicidad.

Él se detuvo en el umbral y sólo entonces se percató de los cuencos y cacerolas que llenaban las encimeras.

–¿A qué huele?

Ella se sobresaltó, bajó la cucharilla y se llevó la mano al pecho, que llevaba cubierto por una camiseta vieja por la que le sobresalía un hombro.

–Me ha dado un susto. Creo que es el horno. Han debido derramar algo y, al precalentarlo, se ha quemado.

–Creo que el horno no se ha usado nunca.

–¿Es nuevo?

–Lo instalé al remodelar la casa.

–¿Y cuándo fue eso?

–Hace tres años.

–¿Y nunca ha usado el horno en tres años?

–Sólo vivo aquí dos semanas al año y, cuando estoy, suelo pedir comida preparada o hacerme un sándwich.

–¿Esta es una segunda residencia?

–Sí.

–Eso lo explica todo –afirmó ella mientra ponía un poco de masa en la bandeja del horno.

–¿El qué?

–Por qué la casa parece un hotel. Es muy bonita, pero no hay casi nada personal en ella. Pero si usted no sabe cocinar, ¿qué va hacer con las comidas de Graham si su madre…?

–No he dicho que no sepa cocinar, sino que no lo hago cuando estoy aquí. Y Kat va a volver. Hasta que lo haga, contrataré a alguien, a alguien como usted, para que cuide del niño. ¿Qué está haciendo?

–Galletas. Siento haberlo molestado. Trataré de no hacer ruido.

–¿De qué clase?

–De avena. Son las preferidas de Cody.

Pierce sintió un nuevo rugido en el estómago. Hacía siglos que no las comía.

–Las mías también. Pero podía haber pedido una caja a la panadería del pueblo.

–No me importa hacerlas. Me relaja. Las galletas que se compran no dejan en la casa un olor delicioso.

–Eso es verdad.

Sonó el reloj del horno y ella lo abrió y sacó una bandeja que llenó la cocina de olor a canela. Dejó la bandeja en una encimera y metió otra.

Pierce no recordaba cuánto hacía que no tomaba una galleta caliente. Se le hizo la boca agua, atravesó la cocina y extendió el brazo para agarrar una.

–¡Eh! –ella le apartó la mano y él volvió a sentir que le ardía la piel.

Había decidido no sentirse atraído por la niñera. Tenía una voluntad de hierro, pero ¿dónde estaba en aquel momento?

–Se va a quemar –prosiguió ella. –Están muy calientes y muy blandas para despegarlas de la bandeja sin que se rompan. Y tengo que cubrirlas de azúcar. Podrá tomar galletas mañana, con los niños –prosiguió ella. –Ya estarán listas para entonces.

–¿Y si no quiero esperar a mañana?

Ella lo miró con expresión de enojo al principio y después de resignación.

–Está usted en su casa. No voy a impedírselo. Tenga. A ver si con esto le basta –Anna le dio el cuenco en el que había preparado la masa y la cuchara con los restos de la misma.

–¿Qué quiere que haga con esto?

–No me diga que nunca ha ayudado a nadie a hacer galletas.

–No desde que mi madre… –Pierce se mordió la lengua. Su vida personal no era asunto de ella. –Hace tiempo que no lo hago.

–Pues disfrute de los restos de la masa mientras preparo el glaseado.

Él miró el cuenco.

–Está vacío.

Ella le guiño el ojo al tiempo que lentamente pasaba el dedo por el borde, del mismo modo, pensó él, que acariciaría a un hombre. Y luego se lo llevó a la boca y se lo chupó. Verla fruncir los labios en torno al dedo le provocó imágenes totalmente inadecuadas. Se le aceleró el pulso y sintió una oleada de calor.

–Mmm… Lo mejor de hacer galletas es rebañar lo que queda en el cuenco.

Resuelto a concentrarse en algo que no fuera Anna y su boca, agarró el cuenco y, con la cuchara, tomó un poco de masa. Al

metérsela en la boca, el sabor familiar derribó las barreras que protegían los recuerdos de hacer galletas con su madre y su hermano, de pelearse con Sean por ver quién se tomaba la última, y sí, maldita fuera, de pedirle a su madre que le dejara rebañar el cuenco y la cuchara.

Lo había olvidado. Deliberadamente.

Esa clase de pensamientos sólo producían dolor. Experimentó una sensación de pérdida y, al mismo tiempo, se emocionó con el recuerdo. Habían sido buenos tiempos.

Rebaño el cuenco y, mientras comía, miró a Anna, que estaba batiendo azúcar y zumo de naranja. Al hacerlo, sus senos se balanceaban.

«No le mires lo senos».

Pero no podía evitarlo. Además, estaba seguro de que no llevaba sujetador.

¿Qué demonios le sucedía? Anna hacía que se sintiera como un adolescente. ¿Trataba de seducirlo? La examinó el rostro, pero no halló nada sospechoso. Tenía la mirada fija en lo que hacía y fingía no darse cuenta de su presencia.

Ella alzó la vista y lo vio examinándola. Se miraron a los ojos. Dejó de batir y le miró la boca. Extendió el brazo, pero lo retiró bruscamente porque le daba vergüenza tocarle la cara. Él sintió un cosquilleo en los labios.

–Tiene un poco de masa… –le indicó un punto en el labio superior. –Ahí.

Él alzó la mano.

–No –ella dobló los dedos como si reprimiera la necesidad de quitársela. Su contención a él le resultó mucho más sexy que si lo hubiera tocado. –Al otro lado.

Él encontró el trocito de masa y se lo llevó a la boca sin ninguna intención sensual. Pero ella entreabrió los labios, abrió mucho los ojos y se sonrojó mientras respiraba entrecortadamente. Sus senos subían y bajaban y los pezones se le endurecían al contacto con la tela.

Que se sonrojara sorprendió a Pierce, ya que hacía siglos que no veía sonrojarse a una mujer. ¿Sería verdad lo que ella le había contado, que su esposo era un imbécil y que no se había insinuado al padre de su alumno?

La tensión entre ambos aumentó. Él bajó la mano y agarró la encimara, abrumado por el deseo de besarla para descubrir si sus labios eran tan suaves como parecían y para sentir sus senos contra el pecho.

Lo único que tenía que hacer era dejarse llevar por el impulso que sentía. Dio un paso hacia delante, y ella hizo lo mismo. Los

separaban unos centímetros.

El reloj del horno volvió a sonar. Anna se sobresaltó y corrió a abrirlo y a sacar la bandeja sin ponerse una manopla.

–¡Cuidado!

Ella retiró la mano, tomó aire lentamente y volvió sobre sus pasos en busca de la manopla. Mientras sacaba la bandeja, él pensó que besarla hubiera sido un error. Aunque ella fuera sincera, y su historia, cierta, tenía que seguirla vigilando. Pero, en realidad, a quien tenía que vigilar era a sí mismo, porque parecía haberse vuelto loco.

Capítulo 5

Anna se sentó en el embarcadero con los pies colgando sobre el agua, una taza de café en una mano y su segunda galleta en la otra.

Haberlas hecho el día anterior, en vez de calmarla, la había puesto tan nerviosa que apenas había podido dormir. No había dejado de dar vueltas en la cama, angustiada por haber estado a punto de besar a su jefe. Y él a ella. Lo había visto en sus ojos tan claramente como estaba viendo salir el sol en el horizonte.

La había mirado como si quisiera devorarla. Y ella, durante esos breves instantes, había querido que lo hiciera para poder experimentar el fiero deseo que expresaban sus ojos.

¿Cómo era posible cuando ni siquiera se caían bien? ¿Y por qué la atraía tanto? No tenía sentido.

Si no hubiera sido por el reloj del horno… Sacudió la cabeza. Su jefe no confiaba en ella y besarlo hubiera reafirmado sus dudas. La única forma de demostrarle que se equivocaba era manteniéndose firme.

Y después, Kat volvería, ella obtendría buenas referencias y encontraría otro trabajo. Un nuevo despido prácticamente eliminaría la posibilidad de hallar otro empleo que no fuera de camarera ganando el salario mínimo. Y no podía mantener a Cody con ese dinero.

Sintió que alguien se le acercaba por detrás. Volvió la cabeza y vio al señor Hollister atravesando el prado. Se le contrajo el estómago. Contempló la posibilidad de meterse en el agua y esconderse debajo del embarcadero, pero eso contribuiría a que él pensara que, además de no ser de fiar, estaba loca.

Él llevaba ropa deportiva: camiseta y pantalones cortos. Y estaba guapísimo. Rizos oscuros le cubrían las largas y musculosas piernas y los fuertes brazos, unos brazos en los que a cualquier mujer le gustaría refugiarse.

«Contrólate, Anna, y actúa como si no pasara nada», se dijo.

–Buenos días, señor Hollister.

–¿Dónde están las galletas?

Ella se llevó la bolsa al pecho con gesto culpable. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que su jefe dedicara tiempo a su hijo.

–Dámelas, Anna. ¿Te importa que te tutee?

–No. Espera a comértelas con los niños, por favor.

–¿Qué espere? ¿Cómo has hecho tú?

La había pillado *in fraganti*.

–Es que…

–No intentes engañarme. Las pruebas te delatan –se agachó a su lado poniendo una rodilla en tierra.

Estaba muy cerca de ella, pero antes de que pudiera apartarse, él levantó la mano. Ella creyó que iba a quitarle las galletas, pero, en lugar de ello, le pasó la punta del dedo por la comisura de los labios. Anna sintió un trocito de galleta rodarle por la piel, pero apenas lo notó frente a la sensación ardiente que le produjo el roce del dedo.

Se quedó sin respiración y lo agarró por la muñeca para apartarle la mano. Sintió cómo le latía el pulso, igual que el suyo.

–No debieras… –susurró ella.

Él se quedó inmóvil y la miró a los ojos. La tensión aumentó entre ambos y el deseo prendió en ella quemándola con sus llamas. Se le secó la boca y sintió un nudo en la garganta.

«Piensa, Anna, piensa». Pero lo único que se le ocurrió fue que nadie la había cortado el aliento de aquella manera ni había hecho que se sintiera tan llena de deseo y de temor. Y tan tentada de olvidarse de toda precaución. Pero por Cody, por ella misma, no podía hacerlo.

–¿Siempre eres tan impaciente cuando quieres algo? –le preguntó con voz jadeante.

No, nunca, pero tú…

Ella se estremeció. Tomó aire con dificultad. Él le miró la boca y sus pupilas se agrandaron.

«Corre», se dijo. Pero el cuerpo se negó a obedecerla. Él la beso con fuerza al principio; después, de forma suave y persuasiva. La inundó una oleada de sensaciones mientras los labios de él recorrían los suyos y trataban de obtener una respuesta que ella no quería darle, pero que no sabía cómo negarse a hacerlo.

Él le puso la mano en la nuca y le colocó la cabeza para poder besarla mejor. Ella se separó para poder respirar y él aprovechó la abertura entre sus labios para introducirle la lengua, acariciándola y atrayéndola para que ella hiciera lo mismo. ¡Y la boca de él sabía tan bien!

Él levantó la cabeza. El deseo que ardía en sus ojos la excitó y electrizó. Y la aterrorizó. Se llevó dos dedos a los labios aún palpitantes. Ningún otro beso la había afectado con tanta intensidad.

–No debieras haberlo hecho.

–Está claro que no –respondió él apretando las mandíbulas.

Pero no se apartó de ella y siguió mirándole la boca como si

estuviera pensando en repetir su error. El calor de su cuerpo la envolvió y anuló su resistencia. Luchó por aferrarse a la realidad y a lo que era correcto.

–Esto no puede ser –dijo ella. –Sigues creyendo que me insinué al padre de mi alumno.

A él se le oscureció la expresión, lo que supuso una confirmación de lo que le había dicho. Ella se echó a un lado antes de que él le contestara y se puso de pie.

–Tengo que ir a ver a los niños –debía marcharse antes de ceder al impulso de volver a besarlo. –Será mejor que esto no se repita. Ven a las nueve si quieres una galleta.

Y echó a correr como una cobarde, como una mujer que sabía que acababa de cometer un error que podía costarle el puesto y las buenas referencias que tanto necesitaba. Un error que no podía repetirse por mucho que quisiera revivirlo y llevarlo más allá.

No podía tener una relación sentimental con su jefe si esperaba que la siguiera pagando y si no quería enamorarse de una adicto al trabajo como su padre.

No cabía duda de que Pierce Hollister tenía todo lo que una mujer podía desear: un hijo adorable, una casa magnífica, un cuerpo de ensueño y una excitante forma de besar.

Pero todo ello le estaba prohibido porque quería para Cody y para sí misma algo más que un hombre que les suministrara todas las cosas materiales que desearan, pero nada de sí mismo.

Unos pasos detrás de ella sobresaltaron a Anna. Miró el reloj de la cocina aunque ya sabía la hora que era, porque llevaba diez minutos mirándolo Las nueve. Pierce iba a reunirse con ella y los niños.

Pero, al darse la vuelta, resultó que no era su jefe, sino su secretaria.

–Buenos días, Anna. El señor Hollister me ha pedido que le lleve al despacho unas galletas de las que has hecho.

Anna experimentó una mezcla de tristeza y alivio.

–Hola, Sarah. Sí, he hecho galletas, pero esperaba que el señor Hollister viniera a tomarlas con Graham.

Tiene que relacionarse con su hijo.

–Comparto tu forma de pensar, Anna. ¿Puedo tomarme una galleta yo?

–Claro que sí. Sírvete. ¿Quieres un café?

–No, gracias. Aunque Graham es adorable, cuidarlo la semana pasada me ha agravado la úlcera. No tengo hijos y no sabía la tarea agotadora que supone cuidar a un niño pequeño.

–¿Puedo preguntarte por qué te ofreciste a hacerlo?

–No me ofrecí exactamente, sino que estaba allí en el momento

justo. Pierce y yo venimos aquí dos semanas de vacaciones todos los años y nos dedicamos a leer las solicitudes para la beca durante unas horas y después a descansar. Los fines de semana, mi marido viene en el jet de Pierce. Cuando los servicios sociales nos llamaron para decirnos que tenían a Graham, Pierce trató de solucionarlo, pero se enteró de que Kat había desaparecido, por lo que nos apresuramos a ir a buscar al niño creyendo que la custodia temporal sería cuestión de un par de días.

Se sentó a la mesa de la cocina y abrió la bolsa de galletas, de la que sacó una.

–Pierce inmediatamente contrató a un equipo para que fueran a la zona e indagaran. Al darse cuenta de que la situación no iba a durar unos días, yo ya sabía que no podría ocuparme de forma indefinida de Graham, incluso con la ayuda del ama de llaves, por lo que le pedí a Pierce que buscara una niñera.

–Los niños pequeños tienen mucha energía y, si en la casa no hay elementos de protección, vigilarlos es una tarea agotadora.

–Ya me he dado cuenta. ¿Qué te apuestas a que Pierce no tardará en venir en mi busca y en la de las galletas?

–Supongo que lo conoces bien –respondió Anna.

–Lo conozco desde que su padre adoptivo lo trajo a casa.

–¿A él y a su hermano?

–No, solo a Pierce. A Hank no le interesaba Sean. A los quince años, era un adolescente muy impertinente y desconfiaba de un hombre de cincuenta años que quisiera adoptar niños que no fueran pequeños. Pierce solo tenía ocho años, era muy joven y maleable, justo lo que quería Hank. Era un niño educado, a diferencia de Sean, que era obstinado. Todo lo que le dije a Hank para que no separara a los hermanos fue inútil. El hecho de que Sean acusara a Hank de ser un pedófilo no contribuyó a ello.

–Pero no lo era, ¿verdad? –preguntó Anna, alarmada.

–Claro que no. Simplemente necesitaba un heredero.

–Pero si Pierce y su hermano no crecieron juntos, ¿por qué ha dado el nombre de Sean a la beca?

–Creo que se siente culpable porque, a diferencia de su hermano, tuvo una vida fácil tras la muerte de sus padres. Pierce solo estuvo unos meses con una familia de acogida; Sean, tres años. A los dieciocho comenzó a juntarse con malas compañías, y unos meses después lo mataron en el robo que cometió una banda.

–¡Qué horror!

–A los once años, Pierce había perdido a todos sus seres queridos.

–Por suerte tenía un padre adoptivo.

–Hank no era un padre afectuoso. Mandó a Pierce a un

internado inmediatamente y contrató a niñeras durante las vacaciones escolares hasta que el niño pudo relacionarse con él de hombre a hombre.

–O sea, que Hank satisfizo las necesidades materiales de su hijo pero no las afectivas.

–En efecto, pero, aún así, nunca lo mimó. Le hizo trabajar todos los veranos en la empresa, en las peores tareas. Decía que así conocería el negocio desde la base y que le formaría el carácter. Y aunque me cueste reconocerlo, así fue.

En aquel momento, Pierce irrumpió en la cocina con cara de enfado. Anna lo miró y no halló nada en su expresión que indicara que se habían besado. Pero no le importó, porque no quería recordarlo.

–¿Es que hoy no trabajáis? –refunfuñó él.

Anna se apresuró a ponerle la tapa a las tazas de los niños y a llevárselas. Después se enfrentó a su jefe.

–Me alegro de que hayas decidido venir. Te he reservado un sitio.

Él frunció el ceño al ver el plato y el vaso que ella había colocado en la mesa, frente a su hijo.

–No voy a quedarme.

–Es importante enseñar a los niños que se come en la cocina y no en otras habitaciones de la casa si no queremos encontrar comida por todas partes.

Siéntate.

–No me voy a…

En ese momento sonó el móvil de Sarah, que se disculpó diciendo que era su marido y salió de la cocina.

–Siéntate, por favor. ¿Quieres algo de beber?

–No.

–¿No quieres nada?

–No trates de conseguir algo más permanente que un empleo temporal.

Anna ahogó un grito.

–No lo hago. Solo quería…

–Sé cómo funciona la mente de una mujer maquinadora. Mujeres más experimentadas que tú han tratado de cazarme. Kat, por ejemplo, que dejó de tomar la píldora y se quedó embarazada sin decírmelo creyendo que me casaría con ella. Nadie me obliga a hacer lo que no quiero.

–Yo nunca…

–Ya has reconocido que te quedaste embarazada sin el consentimiento de tu esposo.

–Te dije que fue un accidente.

–¿Quién utilizaba métodos anticonceptivos en tu matrimonio?

–Yo, pero…

–Exactamente.

Su amarga acusación le recordó tanto a lo que le había dicho Todd que desató su furia.

–Me sentó mal algo que comí en una fiesta escolar y estuve vomitando durante días, por lo que perdí varias pastillas. ¿También tengo la culpa de haberme puesto enferma?

–Puedes justificar tu comportamiento como quieras. Pero no tengas la mira puesta en mí –se dirigió a la puerta de la cocina a grandes zancadas.

–Fuiste tú el que me besó, ¿no te acuerdas? –le gritó ella.

Él se detuvo en seco, se dio la vuelta y se volvió a paso lento hasta detenerse a su lado, tan cerca que Anna percibió el olor de su colonia, sintió el calor que irradiaba su cuerpo y vio que le temblaban las aletas de la nariz a causa de la ira.

–¿Vas a negarme que tú querías besarme tanto como yo a ti?

–No, pero no fue acertado hacerlo.

–Claro que no, maldita sea. Y no volverá a suceder. No caeré dos veces en la misma trampa –dijo con total certeza. Y salió de la cocina.

Anna se apoyó en la encimera. Los niños masticaban alegremente las galletas, totalmente ajenos a lo que acababa de suceder.

Pierce no volvería a confiar en ella, pero no le importó porque lo único que quería de él era el sueldo. No buscaba marido ni amante, y aunque así fuera, no sería un hombre lleno de recelo y resentimiento.

El asunto era cómo podía derribar las barreras de Pierce y convertirlo en el padre que su hijo se merecía, cuando él había abierto la caja de Pandora de su deseo.

¡Malditas fueran Anna y sus galletas! ¡Maldita fuera su nariz pecosa y su pelo sedoso! ¡Y el sabor de su boca! ¡Sobre todo el sabor de su boca!

En cuanto la había visto en la cocina había recordado la escena del embarcadero y se había visto asaltado por pensamientos inadecuados. Inmediatamente había deseado volver a meterle los dedos en el pelo, quitarle la goma que le sujetaba la cola de caballo, atraerla hacia sí y besarla larga y profundamente para volver a sentir la suavidad de sus labios y la habilidad de su lengua.

La deseaba enormemente. Y reconocerlo lo perturbó.

Pero no haría nada al respecto. No era su tipo de mujer. Era de las que querían hijos y un hogar. Apestaba a permanencia, y él

sabía que eso no existía y que creer lo contrario solo provocaba dolor y decepción.

Le molestaba la reacción emocional que ella le causaba. No era un tipo impulsivo. La lógica guiaba sus acciones y decisiones. Rara vez se equivocaba y, cuando lo hacía, aprendía de sus errores.

Por eso, el imprudente beso de aquella mañana lo había puesto nervioso, y aún más lo había hecho el deseo abrumador de volverla a besar en la cocina.

El olor a madreselva que emanaba de ella le recordaba a Sean cuando le enseñaba a arrancar las flores y chupar el néctar del tallo. Había sido una época feliz de su vida.

Una risa procedente de la cocina interrumpió sus pensamientos. No era la primera vez que oír a Anna hablando o riéndose con los niños hacía que le fuera imposible concentrarse.

Tenía que hallar la forma de quitarse de la cabeza a aquellos tres y de restablecer su agenda.

Sarah volvió con una sonrisa de superioridad en los labios, un plato de galletas y un vaso de leche. Los dejó de un golpe en la mesa.

–¿Ya estás contento?

–Gracias –se tomó una galleta y bebió un trago de leche.

–Agradéceselo a Anna porque ha insistido en que te las trajera a pesar de tu obstinada negativa a sentarte con tu hijo. Yo no te las hubiera traído.

Pierce sabía que se estaba portando como un idiota, pero no quería que Anna se hiciera ilusiones y se le metiera en la cama, ya que tal vez no pudiera rechazarla.

Reconocerlo no lo enorgullecía. Pero Hank le había enseñado que, si no se identificaban las debilidades, no se podía vencerlas.

–¿Qué dice tu marido? –preguntó a Sarah en un intento de desviar el tema de conversación.

–David me ha llamado para decirme a qué hora llega. A veces creo que le gusta más el vuelo que pasar el fin de semana aquí, ya que el piloto del avión de la compañía le deja hacer de copiloto. Una vez más te lo agradezco.

–No te hagas ilusiones. Lo hago por mí. Cuando David saque la licencia, lo contrataré.

–Sea como fuere, eres muy amable. Pero si se sabe que haces cosas así, tu reputación de ser tan duro como Hank puede sufrir.

–¿Han llegado los resultados de las pruebas sobre drogas de Anna y sus antecedentes penales?

–Sí, y tal como predije, no tiene nada que ocultar. Y sus referencias son magníficas. Las he comprobado y las tres personas con las que he hablado me han dicho que tienes suerte al haberla

contratado.

–Puede haber pedido a sus amigos que mintieran.

–A pesar de que eres brillante, generoso y un buen jefe, a veces eres duro de entendederas.

Se oyeron gritos que procedían del jardín. Él se levantó y se acercó a la ventana. Anna corría por la hierba, descalza, y con la cola de caballo al viento.

Jugaba como una niña, totalmente despreocupada, como si su conciencia estuviera tranquila. Pero el viento que le aplastaba la blusa contra los senos y la falda contra los muslos demostraba que era una mujer.

Los niños la seguían chillando. Anna agarró una pelota azul que él recordaba haber visto en la cesta de juguetes de Cody y la lanzó rodando hacia ellos. Graham fue detrás de ella y se cayó de cara sobre la hierba. Pierce se estremeció; todos sus músculos se contrajeron al ver que el niño iba a echarse a llorar con aquel llanto que le taladraba los oídos.

Anna lo recogió y abrazó y lo levantó en alto. Instantáneamente, el llanto se transformó en risa. Después, ella se puso de rodillas y rodó por la hierba con el pequeño. Cody se les echó encima, y los tres estallaron en risas.

–¿Qué hace? –le preguntó a Sarah.

–Entretener a tu hijo, para eso la pagas. Y, en mi opinión, se divierte mucho. Los niños se le dan muy bien. Deberías salir un rato para estar con ellos. El aire fresco te sentará bien.

–Tenemos trabajo –corrió las cortinas y volvió a su escritorio. Abrió el cajón superior y sacó unos auriculares y los conectó a su iPod.

Capítulo 6

Anna se despertó sobresaltada sin saber lo que la había arrancado del sueño.

Todo parecía estar en orden, pero no podría volver a dormirse hasta comprobarlo personalmente.

Fue a la habitación de los niños. Una alta sombra se cernía sobre la cuna de Graham. Era la silueta de un hombre. Anna se alarmó y ahogó un grito.

El hombre se dio la vuelta, y la luz de la luna iluminó el rostro de Pierce. ¿Qué hacía allí cuando nunca había demostrado interés por el niño?

–¿Pasa algo? –susurró ella.

–No.

–¿Qué haces?

Él tardó tanto en contestar.

–Comprobar que respira.

Anna jamás lo hubiera pensado de él. Se acercó a la cuna sonriendo.

–Yo a veces también lo hago. Es una tontería, ¿verdad?

–No.

–Los dos están profundamente dormidos y puede que los despertemos si nos quedamos, y entonces querrán jugar. No sé tú, pero yo necesito dormir un poco más.

Ella salió de la habitación y se dirigió al salón con la esperanza de que él la siguiera, cosa que hizo al cabo de unos segundos.

–¿Has ido otras veces a comprobar que dormía?

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque me he fijado que, a veces, la manta de Graham o el mono de peluche de Cody no estaban como los había dejado o en un sitio donde era poco probable que los hubieran puesto los niños.

–Las mantas y los juguetes no debieran estar cerca de la boca de los niños.

–¿Por qué no?

–Por el síndrome de la muerte súbita.

¿Pierce, que ni siquiera quería tomarse unas galletas con su hijo, se preocupaba por eso?

–¿Padece Graham alguna enfermedad de las que no me has hablado?

–Kat no ha mencionado ninguna.

–Entonces, ¿por qué te preocupas?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza y dio un paso hacia el pasillo.

–Pierce, ¿tengo que vigilar a Graham más de lo habitual? –¿Por eso el sueldo era tan elevado?

–Olvídalo, no pasa nada –dijo él sin volverse.

–Pues me va a resultar difícil olvidarlo, puesto que me has despertado en mitad de la noche al comprobar si tu hijo respiraba.

–Cuando vivía en una familia de acogida, un bebé murió así. Se llamaba Mike y solo tenía unos meses de edad.

–¿Y qué tiene que ver esa muerte con Graham?

–Oí que Mike estaba despierto y gimoteaba en la cuna cuando me levanté a beber agua, por lo que le di su oso de peluche. Tal vez se asfixiara con él.

Anna se compadeció de él con toda su alma. De pronto, la distancia emocional de Pierce con respecto a su hijo tenía sentido. Aquel hombre grande y fuerte no era frío ni despiadado, sino que tenía miedo de hacer daño a su hijo y de perder a otro ser querido.

Sintió unos inmensos deseos de consolarlo y de abrazarlo.

–Crees que provocaste la muerte de Mike.

–Es posible.

–Pero Graham parece un niño sano. Controla bien la cabeza y el cuello, por lo que se apartaría de lo que fuera si le impidiera respirar. Y tiene edad suficiente para no estar incluido en la categoría de alto riesgo.

–Pero no está libre de todo riesgo.

–No. Pero suele haber otros factores que contribuyen a la muerte súbita, como tener una madre adolescente, haber recibido una atención prenatal deficiente, estar expuesto al humo del tabaco y haber nacido con poco peso. Graham está grande para su edad, y no creo que estuviera por debajo del peso medio al nacer.

–No lo sé. Me enteré de que Kat se había quedado embarazada después de que el niño naciera. Un colega lo anunció en antena.

–¿No te lo había dicho?

–No me lo dijo hasta que me enfrenté a ella.

–Me has dicho que Kat se había quedado embarazada para que te casaras con ella. ¿Por qué no te lo dijo si quería algo de ti? No tiene sentido.

–Para mí lo tiene. ¿Cómo sabes tanto sobre la muerte súbita infantil?

–Cuando me di cuenta de que Cody era lo único que tenía, comencé a preocuparme por todo lo relacionado con él. Leí muchos artículos sobre el desarrollo infantil y sus posibles problemas. Pierce, tener miedo es normal.

–No tengo miedo.

Se había puesto bravucón. Qué típico de él negarse a reconocer que estaba asustado. Pero en ese momento no eran la niñera y el millonario, ni la empleada y su jefe, sino dos progenitores preocupados por sus hijos.

Con el tiempo, ella le enseñaría a controlar el miedo, pero, en aquel momento, él necesitaba un consuelo que ella no podía negarle.

Le puso la mano en el brazo y se lo apretó levemente, pero se dio cuenta de su error al ver que los músculos de él se tensaban. Sintió el calor de su piel en la palma y se le borraron las palabras de consuelo que iba a decirle. Apartó la mano bruscamente y se la frotó en el muslo.

Sus miradas se cruzaron y la de él descendió hasta su boca, y después hasta su cuello y sus senos. La preocupación desapareció de su rostro y fue sustituida por una expresión sensual y excitante.

A ella se le aceleró el pulso, se le cortó la respiración y se le endurecieron los pezones.

Y gimió en silencio al darse cuenta de que iba en camisón. Pierce habría creído que quería flirtear con él, pero ella no esperaba encontrárselo en la habitación de los niños.

–Anna, ve a tu habitación.

La voz de Pierre le pareció más profunda, baja y atractiva que nunca. Y sus ojos… Por Dios, ¡sus ojos la quemaban!

Sintió un escalofrío. No podía moverse ni pensar en nada salvo en el deseo que consumía el rostro masculino. No recordaba que ningún otro hombre la hubiera mirado con tanta voracidad ni haber experimentado aquella pasión recíproca que la intoxicaba. La cabeza le daba vueltas y las piernas le temblaban.

Hacía mucho, veintidós meses exactamente, desde que Todd y ella habían tenido relaciones íntimas. Cuando su embarazo fue evidente, él no volvió a tocarla afirmando que tenía miedo de hacer daño al bebé.

Parecía que el cuerpo de ella estaba harto de esperar.

–Vete, Anna, o no te irás sola.

Tenía que marcharse porque no había duda de lo que sucedería si se quedaba. Pero Pierce necesitaba consuelo y ella anhelaba experimentar, por una vez en la vida, la intensidad del deseo que prometían sus ojos. Y si no lo quería como marido porque no le daría el amor y la dedicación que ella necesitaba, esa era la única opción que les quedaba.

Comenzó a salivar y los latidos de su corazón amenazaron con ensordecerla. Tragó saliva.

–Tal vez por una vez no quiera dormir sola.

–No te ofrezco nada más allá de esta noche.

–No pretendo que esto sea para siempre.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Por fin, él alzó la mano, le tomó la barbilla y le acarició con el pulgar la nariz, la mejilla y la sien. A ella se le erizó el vello.

–Tus pecas me recuerdan a motas de canela.

–Me hacen parecer infantil.

Él volvió a mirarla con ojos ardientes.

–Hazme caso, nadie te confundiría con una niña cuando el camisón te acentúa todas las curvas.

Ella ahogó un grito, pero él la agarró por la nuca y la atrajo hacia sí un paso, dos… Sus pezones rozaron el torso masculino. El paso siguiente la lanzó contra él, contra su dura y larga masculinidad.

Entonces él tomó su boca y la dejó sin aliento y sin ideas, la despojó de todo salvo de la sensación de sus labios, sorprendentemente suaves, de la punta caliente de su lengua y de cómo penetraba en su boca. El deseo le recorrió de arriba abajo y sintió que se mareaba.

Se agarró al pecho masculino para no perder el equilibrio. El fino tejido de la camisa le impidió tocarle la piel. Demostrando un valor que no recordaba poseer, apoyó los senos en el pecho de Pierce y le devolvió el beso enredando la lengua en la de él y degustando su sabor.

Él le puso las manos al final de la columna vertebral y lentamente fue bajando por sus caderas hasta llegar a las nalgas, que agarró con fuerza, para atraerla hacia la prueba de su deseo. Que la deseara tanto hizo que ella se encendiera aún más, y le acarició la cintura y la espalda.

A un beso le sucedió otro… y otro. Cada vez que él levantaba la cabeza, ella tomaba aire y se lanzaba, hambrienta, sobre su boca. Cada beso se volvía más ávido y frenético. ¿Qué le había hecho él? No se reconocía en aquella mujer tan ansiosa y codiciosa.

El salón parecía una sauna. La piel le ardía bajo el camisón. Él le introdujo una pierna entre las suyas rozándole el centro. Ella sintió que la temperatura aumentaba aún más y que le fallaban las piernas. Él la agarró con más fuerza y la atrajo hacia sí, acariciándole con la pierna su centro sensible. Después la deslizó hacia detrás y, una vez más, hacia delante. El camisón no suponía barrera alguna para el roce seductor de sus pantalones.

Anna volvió a descubrir lo que era ser deseada, aunque nunca lo había sido en tal medida. La invadió una oleada de placer tan grande que pensó que iba a estallar.

Él alzó la cabeza y la miró con ojos ardientes mientras respiraba

agitadamente.

–¿Tienes condones? –preguntó él.

Un destello de cordura se produjo en la mente de ella. Tal vez aquello no fuera una buena idea. Acostarse con su jefe no era la conducta que él esperaría después de saber por qué la habían despedido.

Pero no quería parar. Ansiaba descubrir la fiereza con que Pierce hacía el amor y si ella podría estar a la altura de alguien tan apasionado.

Pero…

Agachó los hombros frustrada y decepcionada.

–No, no tengo.

El leve roce del dedo de él, que le recorrió el cuello del camisón y se introdujo entre sus senos, le endureció los pezones. Casi le dio vergüenza cómo pedían que los acariciara.

Él rodeó uno de ellos y a ella le resultó difícil recordar por qué no debían continuar. Se esforzó en formar una pregunta y pronunciarla.

–¿Por qué insistes en atormentarme… en atormentarnos cuando te he dicho que no estoy preparada?

–Porque yo sí lo estoy. Ven.

–¿Tienes…?

–Sí.

Anna sintió que se le disparaba la adrenalina.

–Los niños, el intercomunicador…

–Confía en mí, los oirás sin el intercomunicador –su mano en la espalda de ella la empujó hacia su dormitorio.

A cada paso, ella experimentaba más tensión, y el pulso se le aceleraba de forma progresiva. Pero también tuvo tiempo de pensar. Nunca había practicado el sexo por el sexo. Y eso era lo que sucedería esa noche. Vaciló en el umbral de la habitación.

Él la empujó contra la jamba de la puerta y volvió a besarla de forma tan ardiente que ella se tambaleó. Él le metió las manos por debajo del camisón, la agarró por las caderas y después subió hasta la cintura. El estallido de deseo que ella experimentó eliminó todas sus reservas.

¡Sí, pasaría una noche de pasión en brazos de Pierce!

Las manos masculinas se detuvieron bajo sus senos y le acarició con los pulgares el borde del sujetador excitándola de tal manera que quiso agarrarla por las muñecas y enseñarle dónde necesitaba realmente sus caricias.

Pero no se atrevió. En lugar de ello, le sacó la camisa del pantalón y le tocó la piel, firme, suave y ardiente.

Le exploró los músculos de la espalda y le recorrió la columna

vertebral con los dedos.

Él tomó sus senos y le rozó los pezones. Así, así era exactamente como quería que lo hiciera. El deseo la arrasó como un tornado. Él se echó hacia atrás y ella gimió, decepcionada al tiempo que trataba de atraerlo hacia sí. Pero él era más fuerte.

Pierce le quitó el camisón y se quedó mirándola de arriba abajo una y otra vez. A Anna se le secó la boca, y el corazón se le desbocó. No a causa de su cuerpo, que a ella le parecía bien, sino de su ropa interior.

Le hubiera gustado llevar algo más bonito y menos gastado, ya que un hombre tan rico como Pierce estaría acostumbrado a lujosa lencería de encaje, no de deprimente algodón.

Sin embargo, el rostro de él no reflejaba desilusión. Su mirada era la de un hambriento ante un bufé, como si no supiera por dónde empezar.

Nunca la habían deseado así. Desapareció toda posibilidad de recuperar la cordura y de acabar con aquella situación. Se dijo a sí misma que no deseaba un compañero para toda la vida. Y que, de momento, aquello era lo único que necesitaba.

Trató de desabotonarle la camisa con dedos torpes.

Cuando lo consiguió, se la abrió y le puso las manos en el musculoso pecho. ¡Por Dios!

Pierce tomó aire expandiendo sus maravillosos pectorales, se arrancó la camisa y la tiró al suelo. La atrajo hacia sí de un tirón y su pecho chocó contra los senos femeninos.

Sus besos no podían ser más carnales ni excitantes. Ella se le aferró tratando de devolverle el placer y la excitación que le producía, pero se perdió en los detalles de la textura de su cuerpo, en las partes duras, las blandas, las velludas, sus manos que la acariciaban, su seductora lengua… Y lo único que pudo hacer fue regodearse en la avalancha de sensaciones que experimentaba.

Pierce la tomó en brazos y cruzó la habitación. El colchón cedió bajo la espalda de ella. Él introdujo un dedo en sus braguitas, se las bajó un poco, dejándola expuesta. Pero el deseo que había en sus ojos mientras la miraba y se quitaba el resto de la ropa hizo que desapareciera la preocupación de ella por estar desnuda.

Y entonces, la belleza del cuerpo masculino y su virilidad gruesa y excitada le cortaron la respiración. Ni el mejor escultor podría haberlo superado. Ella dobló los dedos, deseosa de recorrer cada línea, cada curva, cada vena, cada hendidura.

Él abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un condón. Anna nunca se había sentido tan impaciente por tener a un hombre en la cama, dentro de sí. Pierce puso una rodilla en la cama y después se colocó sobre ella sosteniéndose con los brazos estirados. Se le

marcaron los bíceps mientras bajaba lentamente hasta que sus cuerpos volvieron a tocarse.

–Mmm…

Ella cerró los ojos y saboreó el contacto con su piel. Le puso las manos en los hombros y se las deslizó por la espalda hasta llegar a sus prietas nalgas.

Él le mordisqueó el lóbulo de la oreja, la besó en el cuello y fue bajando hasta llegar a los senos. Ella se arqueó, pero él estiró los brazos para separarse de su cuerpo. Ella gimió desesperada y él tomó uno de sus pezones con los labios. La húmeda succión de la boca, unida al remolino de la lengua, a ella le resultó irresistible.

Anna le apartó el pelo de la frente. Le encantó la suavidad de los mechones y lo observó mientras le devoraba los senos. Observar de manera tan descarada, cosa que no era propia de su carácter, intensificó su placer. Se sobresaltó al sentir una caricia lenta y ascendente en la parte interna del muslo, y se retorció previendo lo que vendría después. Él la provocó y atormentó acariciándola y prolongó su agonía al acercarse al centro de su feminidad sin llegar hasta él.

Loca de deseo, se mordió los labios para no gemir. Pero fue inútil.

–¿Es esto lo que quieres? –preguntó él mientras enredaba los dedos en los rizos de vello para después recorrer el perímetro de su mágico triángulo.

–Pierce, por favor…

Él le sonrió y le dedicó una mirada de pura maldad sexual mientras le abría los pliegues del triángulo y llegaba al centro de su excitación. Ella le sostuvo la mirada al tiempo que sus caricias hacían que contrajera los músculos y comenzaran a temblarle a medida que se aproximaba al final liberador. Como si él se hubiera percatado de su deseo, sus caricias se hicieron más profundas, empujándola hacia la meta.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo había conseguido excitarla tanto con tanta rapidez? Nunca había…

El orgasmo atravesó su cuerpo como una multitud enloquecida sacudiéndola con espasmos de éxtasis, aplastándole los pulmones y dejándola sin fuerzas. Trató de recuperar el ritmo de la respiración mientras Pierce se ponía el condón, y el corazón volvió a acelerársele cuando él se puso sobre ella.

Anna alzó las caderas con avidez, invitándolo. La gruesa punta del pene la rozó y después se introdujo en ella en un único movimiento, y la llenó por completo. Oyó el silbido de la respiración masculina junto a la sien, sintió los músculos masculinos flexionados bajos sus manos y el deseo de Pierce la

consumió. Quería retenerlo así, pero, al mismo tiempo, quería que se moviera.

Como si le hubiera leído el pensamiento, él se retiró para penetrarla más profundamente, y comenzó de nuevo la implacable ascensión hacia el clímax. Cada vez que él empujaba, a ella se le aceleraba el pulso y la respiración, hasta que el vientre se le contrajo una y otra vez y un grito que no pudo contener inundó la estancia, seguido por un gemido de él. Después, Pierce se quedó inmóvil, salvo por el jadeo del pecho.

Anna sintió que se derretía de plenitud. No podría haberse movido aunque se prendiera fuego la casa. ¿Cómo no iba a crear adicción algo tan extraordinario? ¿Cómo iba uno a alejarse voluntariamente?

–No tenía ni idea –dijo pensando en voz alta.

–¿De qué?

–De que hacer el amor fuera así.

Él se puso tenso.

–Pero has estado casada.

–Sí, pero nunca había sido tan… explosivo.

Él se apartó bruscamente y se echó a un lado.

–Sin duda habrás tenido otras relaciones, aparte de tu marido.

–No, solo él. No tuve mi primera cita hasta que fui la universidad. Creo que por eso fui tan susceptible al encanto de Todd.

Él se levantó de la cama.

–Que conste que lo que acaba de pasar no ha sido amor, sólo sexo. No lo embellezcas con flores y corazones, y no te acostumbres. Ya te he dicho que no busco esposa ni formar una familia. Tu puesto aquí, en mi casa y en mi cama, es temporal.

Ella ya lo sabía, pero sus palabras la hirieron. De todos modos, no quería estar con un adicto al trabajo como él. Entonces, ¿por qué la molestaba su brusquedad?

Se quedó helada al percatarse de que se había estado engañando a sí misma al afirmar que no quería un marido ni otra familia que su hijo, ni un hogar, porque sí lo deseaba. Quería que la abrazaran después de hacer el amor y dormirse en brazos de su amante. Quería despertarse a su lado y ver crecer a sus hijos. Quería envejecer al lado de un hombre que fuera su amigo y su amante.

Una relación esporádica y temporal no iba a proporcionárselo.

Ella lo deseaba todo, a diferencia de Pierce. Y comenzó a sospechar que probablemente lo quisiera tener con él, aunque fuera un hombre totalmente inadecuado para ella.

Capítulo 7

–Voy a ducharme –dijo Pierce, y salió a toda prisa de la habitación o, mejor dicho, huyó de la mujer que había en su cama.

¿Un solo amante? ¿Y después él? ¿En serio?

Una mujer cuyo único amante había sido su marido no le convenía. ¿Por qué se habría acostado con él si no buscara algo más, como un anillo y la manutención de su hijo?

Daba igual que ella le hubiera dicho que no era así.

Había conocido a muchas mujeres que decían una cosa y hacían otra. La última, Kat, que le había asegurado que solo quería tener un hijo, no a él, ni un anillo de compromiso, ni su dinero.

No se creía lo que le había dicho Anna.

Abrió el grifo de la ducha y se metió bajo ella sin esperar a que el agua saliera caliente. Apoyó los brazos extendidos en la pared y dejó que el agua fría se llevara los restos del olor a madreselva de Anna.

Había sido un error tener sexo con ella. Su única excusa era que lo había pillado en un momento de debilidad. Aquella tarde había hablado por teléfono con el jefe del equipo que había contratado para buscar a Kat, que le había dicho que habían encontrado el cuerpo mutilado de una mujer y que iba a comprobar si se trataba de ella. Los noventa y siete minutos que tardó en volverlo a llamar para decirle que el cadáver no era el de Kat fueron los más largos de su vida.

Presa de pánico, acabó en la habitación de los niños. ¿Qué sería de Graham si Kat muriera? Él no estaba preparado para ser padre, ni quería serlo.

No quería que nadie dependiera de él por si le sucedía algo: ni Graham ni Anna.

No tenía intención de repetir el error que acababa de cometer, a pesar de lo bien que se lo había pasado. Carecía de sentido darle más importancia de la que tenía: una liberación física largamente pospuesta.

Pero Anna era astuta. Y él no podía controlar el deseo que sentía por ella, lo que implicaba que tenía que mantenerse a distancia.

A partir de aquella noche, su objetivo principal sería evitar a Anna y romper el hechizo bajo el que se hallaba.

¿Dónde estaban? ¿Qué hacían?

Pierce llevaba sin ver ni oír a Anna y los niños desde la medianoche del miércoles, dos días antes, cuando había cometido el error de acostarse con ella. ¿Cómo era posible con el ruido que solían hacer?

¿Cuál sería la nueva estrategia de Anna? ¿Creía que, con su ausencia, la echaría de menos? Pues podía esperar sentada.

Oyó pasos que se acercaban y se le aceleró el pulso.

Pero era Sarah, que estaba pálida y tenía los labios apretados.

–No tienes buen aspecto.

–Gracias, Pierce, por tu agradable comentario. Y buenos días.

–¿Qué pasa, Sarah?

–No me siento mal, pero tampoco muy bien.

–¿Quieres volver a casa y dormir un par de horas más?

–Vamos tan retrasados que no me lo puedo permitir. Creo que tendremos que trabajar todo el fin de semana para acabar de leer las solicitudes, si queremos volver el lunes, como teníamos planeado. He pensado en llamar a David y decirle que no venga, pero ha alquilado un barco de vela y está emocionado con salir a navegar, cosa que puede hacer aunque yo tenga que quedarme aquí.

–Prefiero que te ausentes unas horas a un día entero. Tómate la mañana libre y descansa.

–Gracias, pero no es necesario.

Pierce se dio cuenta de que no había nada que hacer. Además, Sarah era una persona adulta y conocía sus limitaciones.

Ni siquiera habían leído la mitad de las solicitudes. Debido al catastrófico estado de la economía, habían recibido el doble de las habituales.

Sarah se sentó a su escritorio y se puso a trabajar. Él trató de leer una de las solicitudes, pero el cerebro se negó a responderle. Seguía pensando en Anna y los niños.

–¿Por qué no vas a buscarlos? –le preguntó Sarah suspirando.

–¿A quién? –replicó él con el ceño fruncido.

–No te hagas el tonto. Si quieres saber lo que están haciendo Anna y los niños, ve a buscarlos.

–Te equivocas si crees que me importa.

Sarah resopló, incrédula.

–No has hecho nada mientras yo he escrito dos cartas rechazando solicitudes. Creo que tienes miedo.

–¿De qué?

–De dejar que Graham entre a formar parte de tu vida.

–Chocheas.

–Has perdido a todos tus seres queridos: a tus padres, a Sean, a Hank, ahora a Kat…

–Nunca he querido a Kat.

–Aunque fuera una relación de conveniencia, te caía lo bastante bien para estar tres años con ella.

–Porque ella estaba más tiempo en el extranjero que aquí y no me exigía una dedicación que interfiriera con mis planes para la empresa.

–Eso da igual ahora. Graham forma parte de tu vida, acéptalo. A no ser que tengas miedo de un niño pequeño.

–No le tengo miedo –respondió él con las mandíbulas apretadas.

–Muy bien, porque toda inversión, sea económica o emocional, supone riesgos. Empiezo a creer que solo demuestras valor en el sector financiero. Tal vez dupliques el tamaño de la empresa de Hank, pero ¿a qué precio?

Pierce estaba a punto de estallar de ira.

–¿Intentas que te despida?

–No, perdóname. No me encuentro bien y lo pago contigo. Tal vez debiera volver a casa y acostarme. Pero estaré de vuelta después de comer.

Pierce comenzó a preocuparse. Aunque había sido él quien le había propuesto que se fuera a descansar, Sarah nunca había faltado al trabajo por enfermedad.

–¿Quieres que llamemos a un médico?

–No, lo único que me hace falta es tomarme algo para el dolor de cabeza y tumbarme hasta que me haga efecto.

–De acuerdo. Nos veremos cuando vuelvas.

Y deseaba que fuera lo antes posible. Y no solo por el trabajo pendiente, sino para no quedarse solo en la casa con Anna ya que, por primera vez en su vida, no confiaba en sí mismo.

La puerta del despacho de Pierce estaba cerrada. Y Anna hubiera preferido que siguiera así. Pero no podía ser.

Había hecho todo lo que estaba en su mano, desde la noche en que se habían acostado, para mantener a los niños fuera de la casa o lo más lejos posible de Pierce mientras trataba de aceptar lo que había sucedido y de decidir qué iba a hacer.

La larga ducha que se había dado Pierce después de que hubieran hecho el am…, después de haberse acostado juntos, era una clara demostración de que lo lamentaba. Ella también. Porque la situación ejemplificaba su mal gusto y falta de juicio a la hora de escoger a los hombres.

En primer lugar, Todd, que la había engatusado para que se casaran y lo mantuviera económicamente mientras componía las canciones que los harían ricos.

Después, el padre de Taylor, su alumno, que estaba casado, pero

que la había seducido con dulces palabras que ella anhelaba oír. No la excitaba sexualmente ni se hubiera acostado con él, pero sus atenciones le habían gustado.

Y, por último, Pierce Hollister, incapaz de comprometerse emocionalmente.

Era una bonita lista.

Por suerte, Graham se había puesto a gritar mientras Pierce se duchaba, por lo que ella no estaba esperándolo en la cama cuando salió del cuarto de baño.

Pero seguir evitando a su jefe era imposible. Agarró con más fuerza el teléfono inalámbrico. Llamó a la puerta y esperó, sin obtener respuesta. Llamó con más fuerza, pero sin resultado.

¿Se encontraría bien? Abrió la puerta. Al verlo tras el escritorio con el aire de encontrarse perfectamente, se sintió irritada porque no hubiera contestado a su llamada. Después observó que llevaba los auriculares puestos y su enfado se disipó.

Entró en la habitación y él levantó la cabeza bruscamente y se quitó los auriculares.

–¿Qué pasa? –preguntó con cara de pocos amigos, en la que no había ningún indicio de que recordara la intimidad que habían compartido. Pero el cuerpo de ella la recordaba.

Anna carraspeó.

–Lo siento, pero he llamado y no me has oído. Normalmente no contesto al teléfono, pero no dejaba de sonar y temí que los niños se despertaran. Ha llamado un tal David y me ha pedido que te diga que Sarah tiene mucha fiebre, por lo que no vendrá.

Pierce maldijo en voz baja.

–Déjame hablar con él.

–Ha colgado porque llegaba el médico, pero volverá a llamar si hay novedades. ¿Crees que puede ser grave?

–David es el marido de Sarah. Suele venir a pasar el fin de semana. Voy a llamarlo para ver si necesitan algo –se levantó y se dirigió a la ventana. –No vamos a acabar el trabajo en el plazo previsto.

–¿Te refieres a escoger la solicitud de la beca?

–Sí –la tensión de los hombros era una muestra de su frustración. –Y será la primera vez desde que iniciamos el programa.

–¿No puedes retrasarlo una semana?

–No, porque todo está organizado para que los solicitantes notifiquen a la universidad lo que quieren estudiar antes de que se acabe el plazo de matrícula.

–¿No hay nadie en tu despacho a quien puedas recurrir?

–La única persona que podría hacerlo está al frente del

despacho en ausencia de Sarah y mía. Ya tiene bastante con lo que tiene.

–Podrías contratar a alguien de forma temporal.

–Dudo que en la oficina de empleo haya alguien disponible para trabajar el fin de semana anunciándoselo tan tarde.

Anna quería ayudarlo.

«No lo hagas, si quieres mantenerte a distancia de él», se dijo.

Pero la beca era una buena causa, ya que promovía la educación, algo muy querido para ella.

Por otra parte, prestarle ayuda implicaría trabajar con alguien que se había acostado con ella y se había marchado como si no significara nada. Su reacción todavía le dolía.

Pero no conseguiría que Pierce prestara atención a su hijo si se quedaba encerrado en su despacho todo el día.

Dejó a un lado sus reservas.

–¿Puedo ayudarte?

Él se volvió lentamente con el rechazo dibujado en el rostro.

–Yo leo las solicitudes y Sarah escribe las cartas de denegación. No puedes hacer eso porque tienes que cuidar de los niños.

–No puedo estar sentada al ordenador todo el día, pero puedo leer solicitudes mientras los niños duerman y probablemente mientras estén despiertos. A esa edad, son muy independientes cuando juegan. Lo único que necesitan es que los supervisen.

–No me parece buena idea.

–Sé que trabajar juntos no es la mejor solución, pero ¿se te ocurre otra?

–Soy yo quien elige al ganador. No sabes lo que busco.

–Soy profesora. Buscas a un estudiante especial, posiblemente excepcional, que prometa y con cualidades que puedo identificar. Tal vez no pueda elegir al ganador, pero sí rechazar a los que no den la talla, de modo que tengas menos solicitudes que leer.

La miró como si trabajar con ella fuera tan delicioso como tomarse un plato de gusanos.

–Mi oferta está sobre la mesa. Si cambias de opinión, ya sabes en donde estoy.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Él la llamó. Ella, sin volverse, esperó.

–Me vendría bien tu ayuda, pero sólo para esto –afirmó él en tono glacial. –Y más te vale que no sea una estrategia para volver a meterte en mi cama.

Ella deseó que, al estar de espaldas a él, no la viera estremecerse. Durante unos instantes pensó en no ayudarlo y que sufriera por su arrogancia. Pero no podía hacerlo debido a Graham. Se mordió la lengua. Sabía que los estallidos de ira no servían para

nada. Tenía que recurrir a la estrategia y la razón.

–No lo es. Ya sabemos que aquello fue un error. Dime lo que quieres que haga.

–Tenemos que centrarnos en la selección. Las cartas de denegación tendrán que esperar. Como has dicho, descarta las solicitudes inadecuadas y pásame las que puedan resultar ganadoras –tecleó algo en el ordenador. –Ésta es nuestra página web, en la que se describe el candidato ideal.

Anna se sentó en su silla. El cuero conservaba el calor corporal de Pierce y su olor, por lo que le pareció que la abrazaba, lo que le reavivó todo tipo de recuerdos. No mejoró las cosas que él se inclinara sobre ella poniendo una mano sobre el escritorio y la otra sobre el respaldo de la silla. Estaba demasiado cerca.

Con la boca seca, trató de respirar pausadamente, pero no dejaba de oler su colonia.

Miró fijamente la pantalla, aunque tardó en entender lo que estaba escrito. Cuando acabó de leerlo, se recostó en la silla para que hubiera entre ambos la mayor distancia posible. Pero, desde esa posición, le veía la barbilla y la boca.

Y recordó cómo le había pinchado la barba en la piel cuando él la había besado, y el contraste de la suavidad de sus labios. Trató de borrar las imágenes de él succionándole los pezones.

Entonces cometió el error de mirarlo a los ojos y, como si le hubiera telegrafiado sus pensamientos, las pupilas de él se dilataron, le temblaron las aletas de la nariz y tragó saliva.

Ella apartó la mirada y carraspeó. No volvería a ceder a la tentación. Haberlo hecho era una dura lección. Hacerlo una segunda sería una tortura.

–Creo que me hago una idea de la persona a la que buscas: a alguien que no se haya dejado vencer por la adversidad, que no haya dejado de intentarlo a pesar de su mala suerte, que no busque atajos, que necesite una ayuda, pero no una limosna.

–Tenía que haberte dejado escribir la nota para la prensa –dijo él sin ocultar su sorpresa y aprobación.

Ella cometió el error de volver a mirarlo a los ojos. El recuerdo de la noche compartida los acechaba a ambos como un ser vivo. Cuanto más se miraban, más intenso se hacía su deseo.

Ella echó hacia atrás la silla con brusquedad, lo que le obligó a él a moverse para que no lo arrollara. Después, Anna se levantó y se fue al otro extremo del escritorio, lo más lejos posible de él.

–Me gustaría leer algunas de las solicitudes rechazadas y de las dudosas para ver si soy capaz de detectar en qué se diferencian.

–Como gustes. Llévate unas cuantas al cuarto de los niños.

–Será mejor que las lea aquí por si tengo alguna duda. Después

me pondré a trabajar lo más lejos posible de ti.

–Será lo mejor, Anna.

–Esto tiene que ser un error.

La voz de Anna hizo que Pierce perdiera la concentración. Se dio cuenta de que no estaba mirando la solicitud que tenía en la mano, sino el mechón de pelo que ella se enrollaba en el dedo mientras leía.

Y una parte de su anatomía había comenzado a endurecerse y crecer al pensar en su pelo, en su lengua, enredándose en él

–¿El qué?

–No había que haber rechazado a este candidato.

–Enséñame la solicitud.

Ella se levantó con una gracia que apuntaba a las clases de ballet que le había mencionado. Mientras se aproximaba al escritorio, con la solicitud en la mano, el olor a madreselva invadió su espacio, el mismo olor que había dejado en las sábanas. Tenía que pedirle al ama de llaves que las cambiara. Y quizá así consiguiera dormir en vez de pasarse toda la noche dando vueltas.

Maldita fuera aquella noche, porque había despertado en él un instinto primario que no podía reprimir. Sus pensamientos volvían una y otra vez a lo que Anna y él habían hecho, y a lo que seguía queriendo hacer con ella.

Miró la solicitud y rápidamente se dio cuenta de por qué había sido rechazada.

–Tiene calificaciones muy bajas.

–Tiene un cuatro de media. Forma parte de varios grupos de su comunidad y ha sido tutor de algunos de sus compañeros desde los catorce años.

–Mira la carrera que ha elegido.

–Quiere ser orientador escolar. ¿Qué hay de malo en eso?

Molesto con ella por discutir sobre algo que no merecía la pena, y aún más consigo mismo por la fascinación que ejercía sobre él, le devolvió los papeles con brusquedad.

–Buscamos a alguien con más ambición.

–¿Es que tiene menos méritos porque el éxito para él se dé en el plano personal más que en el económico? No todo el mundo quiere hacerse millonario.

–¿Conoces a ese chico?

–No, pero…

–Entonces, ¿por qué estamos discutiendo por alguien a quien no conocemos?

–Me recuerda a mí –afirmó ella con la cabeza gacha.

–¿En qué sentido?

–Es presidente del Club de Ciencias y del de Debate de su

escuela; es decir, un «cerebrito». Probablemente tú fueras más de los que se dedicaban al deporte, así que no te haces idea de lo difícil que puede ser la escuela secundaria para alguien como ese chico y yo.

–Pensaba que serías animadora en encuentros deportivos, delegada de la clase o algo así.

–Ésa era mi hermana, pero aprendí a aprovecharme de mis desventajas.

–¿De qué modo?

–Relacionándome con los alumnos más populares al ser su tutora. Y yendo a esas clases de ballet que te he mencionado porque, aunque era torpe, las chicas más populares tenían la oportunidad de enseñarme. Todo ello evitó que fuera una marginada. Las chicas no eran amigas mías, pero sí aliadas en cierto sentido, por lo que no fui objeto de burlas ni de acoso. Este chico hace lo mismo. Es listo y tiene estrategia. No lo infravalores.

–Aunque tenga éxito, será a pequeña escala. ¿Por qué iba a malgastar en él el dinero de Hollister Ltd. cuando puedo elegir al alguien que tenga mayor influencia?

–Los profesores y orientadores tienen más influencia de la que crees. Orientan a los alumnos en situaciones difíciles que pueden minar su éxito en la escuela. Triunfar en la escuela se traduce en hacerlo en otros terrenos. Los alumnos aprenden que sus opiniones cuentan y que pueden decir lo que piensan sin temor a ser castigados o ridiculizados. Muchos de ellos no reciben ese trato en sus casas.

Sus mejillas arreboladas indicaron a Pierce que creía verdaderamente en aquellas tonterías.

–Supongo que tú no lo recibiste.

–Mi padre era el único que podía decir lo que pensaba. Mi madre no tomaba ninguna decisión sin consultarle. Ella, mi hermana mayor y yo teníamos que hace lo que él dijera en vez de pensar y decidir por nosotras mismas. Si lo que quieres es un montón de seguidores ineptos y ningún líder, esa es la manera de preparar a las futuras generaciones.

Hank había sido así: siempre daba órdenes y no aceptaba que se le llevara la contraria ni que se fracasara. Pierce había aprendido a dejarle dar su opinión y después a hacer lo que él quisiera.

–¿Tu padre te obligó a ser profesora?

–No, quería que estudiara Historia del Arte. La elegí como asignatura secundaria, pero la principal fue Educación.

–¿Y no se enteró de que no lo habías hecho hasta que no te licenciaste?

–Ni siquiera me lo preguntó.

–¿Miras los cuadros que tengo a causa de tu formación?

–No los miro, los estudio y los admiro. No había visto pinturas originales de esos artistas salvo en los museos.

–Son una inversión.

–Una inversión confinada en una segunda residencia donde raramente se puede apreciar.

–¿Me estás sermoneando, Anna?

–Tu colección contiene obras de los mejores artistas americanos. Es una pena que nadie pueda verlas. Podías prestárselas a un museo, lo cual no devaluaría el valor de la inversión.

–Y supongo que querrías encargarte tú misma de hacerlo.

–¡No, por Dios! No conozco a gente en ese campo.

–Volviendo a la solicitud, este no es nuestro hombre –dijo él de forma definitiva. Le quitó las hojas y las echó a la caja de las rechazadas.

–Deberías darle una oportunidad.

–Ningún orientador ayudó a mi hermano. Antes de que nos separaran, Sean pasó en seis meses de sacar sobresalientes a suspender. Nadie, y mucho menos el orientador de su escuela, se preguntó por qué.

–¿No era solo por la pena de haber perdido a vuestros padres?

–No. Nos asignaban tantas tareas en la familia de acogida que no tenía tiempo de estudiar. Casi no dormíamos y apenas comíamos.

Por el intercomunicador se escuchó el llanto de un niño, pero, esa vez, Pierce se sintió aliviado en vez de nervioso.

Quería dejar de pensar en Anna, en el deseo intenso que despertaba en él y en la química que había entre ellos. Ni siquiera había probado la dulzura que habría entre sus piernas ni había sentido la calidez de su boca en su miembro. Si Anna salía del despacho, tal vez pudiera concentrarse en los candidatos.

Anna sacó la solicitud de la caja de las rechazadas y la colocó en la de las aceptadas. Él estuvo a punto de reírse ante su audacia.

–Entrevístalo al menos.

–Vete –le ordenó él, deseoso de recuperar su despacho, su santuario y su soledad.

En cuanto ella se hubo marchado, volvió a cambiar la solicitud de caja. Pero se quedó pensativo.

Los argumentos de Anna eran válidos, y sí, era posible que sus prejuicios contra los orientadores hubieran tenido algo que ver con el rechazo de aquel chico.

Casi admiraba a Anna por apoyar a quien tenía menos posibilidades. Si alguien hubiera apoyado así a Sean, no se habría echado a perder. Pero el sistema había fallado.

Respetar las opiniones de Anna o cualquier otra cosa que proviniera de ella no entraba en sus planes. La necesitaba para cuidar al hijo de Kat y, cuando ésta volviera, Anna se marcharía y él la olvidaría, como a todas sus amantes.

Pero había aprendido algo vital de aquella charla. Anna sabía manipular a los demás en beneficio propio.

Pero a él no se la jugaría.

Capítulo 8

El agotamiento de Anna desapareció en el momento en que Pierce entró en el despacho, el sábado por la mañana, lleno de energía.

Él aún no la había visto sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cristalera; ni tampoco a Graham, que dormía sobre una manta a su lado.

Pierce se sentó al escritorio y encendió la luz. Al darse cuenta de que no estaba solo, miró a Anna.

–¿Qué haces ahí?

Ella se llevó el dedo a los labios y señaló a Graham.

–Graham no se dormía. Probablemente le estén saliendo los dientes –susurró. –Hemos bajado para no molestaros a ti y a Cody, y he pensado que, ya que estaba despierta, podía hacer algo productivo. La iluminación del jardín me basta para leer sin tener que encender la lámpara.

–Vuelve al cuarto de los niños –le susurró él a su vez. A ella se le puso la carne de gallina. Porque su ronco susurro le recordó conversaciones nocturnas, en la oscuridad, después de tener sexo.

«No pienses en el sexo», se dijo.

Pero el cuerpo delgado y musculoso de su jefe le había revolucionado las hormonas.

¿Cómo podía sentirse atraída por alguien de forma tan intensa y tan equivocada?

–No puedo mover a Graham sin despertarlo, y necesita dormir.

–Y tú también, a juzgar por las bolsas que tienes debajo de los ojos. ¿Te ha tenido despierta toda la noche?

–He dormido cuando él lo ha hecho.

–No puedo trabajar con él aquí.

–Cuanto más duerma, más solicitudes leeré. En cuanto se despierte me lo llevaré.

Pierce no pareció muy convencido. Su mirada se fijó en la mesita que había al lado de ella.

–¿Otra vez galletas para desayunar?

Ella hizo una mueca.

–Es una mala costumbre.

–¿Eso es café?

–Lo hice hace una hora. Hay más en la cocina. Si te quedas con Graham, iré a por otra taza para mí y te traeré una.

–No –respondió él de forma tajante.. –Iré yo.

Cruzó la habitación para agarrar la taza de Anna. La tomó, pero se quedó inmóvil. Anna alzó la cabeza y vio que tenía la mirada fija en sus senos. Ella hizo lo mismo y gimió en silencio al ver que el cuello del camisón se le había abierto dejando al descubierto la parte superior de los senos y los pezones erectos.

¿Por qué no había metido una bata en el equipaje?

Al bajar corriendo a las cinco de la mañana con Graham, por miedo a que su llanto despertara a Pierce, no esperaba tener compañía.

Se llevó los papeles al pecho, pero era demasiado tarde. Los ojos, oscuros de pasión, de Pierce demostraban que la había visto.

–Vístete. Me quedaré con el niño hasta que vuelvas.

Ella no discutió. Se levantó. Estaba tan cerca de él que sintió una necesidad casi visceral de acariciarle la barbilla, pero se contuvo.

–Vete a vestir, Anna –le ordenó él.

–Si se pone a llorar, frótale la espalda.

Pierce la miró como si la idea lo horrorizase.

–Tienes cinco minutos.

Anna huyó de la habitación, de él y de sus deseos sexuales y subió las escaleras corriendo. Se detuvo en la habitación de los niños para comprobar que Cody seguía durmiendo. Después fue a la suya y se puso unos vaqueros y una camisa de manga larga. Eran las prendas que más la cubrían, ya que lo único que le faltaba era que Pierce creyera que trataba de provocarlo.

Al pasar, de vuelta, por la habitación de los niños oyó a Cody parloteando. Entró y la cara del niño se iluminó al verla.

–Buenos días, cariño –dijo besándolo en la mejilla. –Vamos a cambiarte el pañal y luego desayunaremos.

Después de limpiar a su hijo, bajó las escaleras con él en brazos.

Los gritos de Graham llegaban hasta el vestíbulo. Anna apresuró el paso y oyó la voz de Pierce.

–No llores, chaval. Ella volverá enseguida. Toma, cómete esto.

Ella sintió curiosidad por ver qué le había dado al niño, así que se detuvo fuera del despacho. Pierce estaba sentado al escritorio y Graham, de pie, estaba al lado de una de sus rodillas. Pierce daba torpes palmaditas en la espalda con una mano mientras que con la otra le ofrecía una galleta de las que había hecho ella. Era sorprendente contemplar cómo vacilaban sus manos. Unas noches atrás se habían deslizado por el cuerpo de ella de forma segura y hábil, creando magia y…

Graham levantó los brazos para que Pierce lo agarrara.

–*Pa, pa, pa…*

–No soy tu papá. No puedo serlo.

¿Cómo que no podía? ¿Cómo era capaz de resistirse a su adorable hijo, no quererlo? Pero no había ningún indicio de ternura en su rostro. Solo miedo.

Anna entró en el despacho.

–Al oír tu voz por el intercomunicador se ha despertado –dijo él.

–Lo siento –respondió ella, avergonzada al saber que él la había oído cantando canciones tontas y diciendo tonterías a Cody.

Ocultó sus mejillas arreboladas levantando a Graham, que inmediatamente le puso la cara en el cuello. Ella le dio un sonoro beso en la cabeza y el niño sonrió entre lágrimas, tal como Anna esperaba.

–Buenos días, Graham.

Después miró a Pierce, que la observaba con lujuria. A ella se le aceleró el pulso. ¿Cómo podía él excitarse tan fácilmente, y en presencia de los niños?

–No sé cómo Kat soporta dejar a su hijo. Yo no podría separarme de Cody ni un día, no digamos varias semanas. He visto los reportajes de Kat y entiendo que no se puedan hacer deprisa. Pero ¿cómo puede dejar al niño?

La expresión helada del rostro de Pierce le indicó que, con aquel discurso, había apagado las llamas de su deseo.

–Kat es una adicta a la adrenalina. Hubo un tiempo en que su pasión profesional me resultaba muy atractiva.

–Debes haberla querido mucho –¿lo seguía haciendo? ¿Habría enviado un equipo a buscarla, con lo caro que era, si no lo hiciera?

–No la quería, ni ella a mí. Nuestra relación nos convino a ambos hasta que ella se saltó las reglas. No me dijo que quería tener un hijo y, si lo hubiera hecho, habría supuesto que intentaría comprar uno en el mercado negro, o adoptarlo en un país del Tercer Mundo, o recurrir a la inseminación artificial… Cualquier cosa que pudiera servirle para hacer un reportaje.

Anna ahogó un grito ante semejante vehemencia.

–Eso es muy duro.

–La profesión de Kat es su vida, y su dios es la ambición. Tiene poco espacio para nada o nadie más.

–¡Qué triste! Tanto para él como para Graham.

–¿Cómo lo haces? –prosiguió él.

–¿El qué?

–Tratas al hijo de Kat como al tuyo, aunque tu relación con él sólo vaya a ser temporal.

–Con Graham, al igual que con mis alumnos, intento que guarden un buen recuerdo de los momentos que vivimos juntos. Y

cuando pasan de curso, un trocito de mi corazón lo hace con ellos. Pero me compensa cuando me los encuentro por los pasillos y me abrazan y sonríen. No es tan difícil, Pierce. Lo único que los niños necesitan es sentirse queridos y a salvo. En realidad, es lo que queremos todos.

–El amor no garantiza la felicidad –dijo él mientras se ponía de pie. –Voy a tomarme el café en la cocina.

Anna se quedó desconcertada ante su forma de marcharse. Establecer un vínculo de afecto entre padre e hijo iba a ser más difícil de lo que había creído.

Las barreras que Pierce había levantado eran altas y fuertes. Pero había tocado a Graham de forma voluntaria, lo cual era esperanzador.

Pierce tenía que conseguir que Anna se fuera de su casa, pero, para ello, Kat tenía que volver y hacerlo en buen estado, para poder llevarse a su hijo a Atlanta.

Llamó a su contacto.

–Averigüe quiénes tienen a Kat y ofrézcales un millón de dólares o lo que pidan por soltarla –le ordenó.

–Lo estamos intentando. Pero nadie dice nada.

–El dinero suelta la lengua. Haga que hablen –insistió Pierce antes de colgar.

Resistirse a Anna le resultaba cada vez más difícil. Le gustaban las mujeres refinadas, centradas en su profesión y egoístas, a las que no les importaba su dedicación a la empresa ni lo mucho que trabajaba porque ellas hacían lo mismo. Cuando tenían un rato para procurarse placer sexual, se aseguraban de obtener lo que necesitaban y después se iban. Era eficaz, satisfactorio y sin complicaciones.

Anna era lo contrario. No se preocupaba de su aspecto y, aún peor, era generosa sin esperar nada a cambio. Y el sexo son ella no había sido ni eficaz ni exento de complicaciones.

Y, sin embargo, la deseaba.

No le sería difícil convencerla de que le volviera a ofrecer su cuerpo y de que le dejara hacerle lo que quisiera. En eso pensaba cuando debiera estar durmiendo, y había sido el motivo de que se hubiera levantado tan temprano aquella mañana y la hubiera encontrado en su despacho.

Le había dicho que se fuera a cambiar porque, de no haberlo hecho, estaba seguro de que no hubiera podido contenerse. Y ella había vuelto con unos vaqueros que se ajustaban a sus largas piernas. Y su deseo, previamente activado, se había disparado.

Al agarrar a Graham se le había subido la camisa y le había

dejado al descubierto la piel, e instantáneamente él se había imaginado sus pechos. Deseaba probar y acariciar cada centímetro de su piel.

Maldita fuera por haber liberado aquella bestia que hasta entonces había podido controlar. Pero incluso en aquel momento trataba de adivinar dónde estaba guiándose por los sonidos que emitía.

Aquella mañana, ella lo había seguido a la cocina para dar de desayunar a los niños. Y él había agarrado el café y había huido. En su propia casa.

Anna era la mujer de su vida, o muy hábil a la hora de tenderle una trampa. Comenzaba a creer que se trataba de lo primero, lo cual reforzaba la urgencia de hacer que ella y su hijo se marcharan.

Antes de que la volviera a llevar a la cama.

Y entonces Anna entró de nuevo en el despacho con las mejillas rojas por el sol, y él supo que estaba condenado al fracaso.

–Los niños están durmiendo la siesta. Necesito más solicitudes –Anna dejó un montón de hojas en la caja de las rechazadas y se volvió hacia su jefe.

La pasión que había en sus ojos la dejó sin aliento. Cuando la miraba como si fuera la mujer más deseable del mundo, le resultaba difícil recordar lo que iba a decir.

–¿Cuánto tiempo dormirán? –le preguntó él mientras se le aproximaba despacio pero con intenciones muy claras.

–Pierce, recuerda que decidimos que no era buena idea. Tenemos trabajo y queremos cosas distintas.

¿Era así? ¿No había sido ella la que le había dicho esa mañana que lo único que todos deseaban era sentirse queridos y a salvo?

–Me deseas –dijo él con voz ronca.

–Sí, pero…

–Y yo te deseo. Podemos satisfacernos mutuamente mientras estés aquí. Es muy sencillo, siempre que no intentes hacer de ello más de lo que es.

No era tan sencillo, sino muy arriesgado. Además, ella se había dado cuenta de que no estaba hecha para el sexo sin compromiso.

Pero tal vez se tratara de los nervios de la primera vez y por eso le hubiera parecido que faltaba algo, porque se había sentido tan, tan bien…

Y tal vez, sirviéndose de la enorme atracción física que había entre ellos, pudiera ayudarlo a curarse las heridas y enseñarlo a confiar en los demás de nuevo.

–Muy bien.

–Me estoy volviendo loco –le rozó la cadera con la punta del dedo y le recorrió el abdomen justo por encima de la cinturilla del

pantalón.

Ella contrajo los músculos del estómago sorprendida y encantada. Se le puso piel de gallina y se estremeció, pero no porque tuviera frío. Todo lo contrario.

–¿Te gusta?

–Sí, me gusta que me acaricies.

–Ya lo veo –con las dos manos le acarició las areolas trazando círculos cada vez más pequeños hasta llegar a los pezones.

Anna sintió otro estallido de placer y cerró los ojos.

Él continuó hasta que los pezones se convirtieron en duros botones. Ella se retorció tratando de aliviar la tensión que iba creciendo en su interior.

Él bajó una mano y le desabrochó y bajó la cremallera de los vaqueros. Después le introdujo la mano bajo las braguitas y se dirigió sin equivocarse hacia la fuente del deseo femenino.

Se adentró en la humedad y deslizó los dedos hacia arriba. Ella gimió y las piernas comenzaron a temblarle cuando repitió la caricia una y otra vez hasta llevarla al borde del éxtasis. Pero ella no quería llegar sola.

Le detuvo la mano apretándola contra sí.

–Yo también quiero acariciarte.

Él retiró la mano para agarrarle la blusa y sacársela por la cabeza.

–Tienes unos bonitos pechos, de piel blanca y…

–Pecosa –ella odiaba su piel.

–Es como si te hubieran rociado con canela para que yo la probase –se inclinó y pasó sus labios fríos por el borde del sujetador, y después la lengua.

Ella lo agarró por la cintura para guardar el equilibrio y le tiró de la camisa, deseosa de suprimir aquella barrera.

–¿Estás impaciente?

–Sí.

Él recompensó su sinceridad quitándose la prenda.

Ella estaba admirando su ancho pecho cuando él le desabrochó el sujetador, se lo quitó y tomó sus senos en las manos. El calor que emanaba de la piel de él envolvió a Anna, mientras él le acariciaba la punta de los pezones con los pulgares y hacía que se retorciera de gozo.

–Condones.

–Tengo uno –respondió él. –Digamos que voy más preparado contigo alrededor –se sacó la cartera y extrajo un condón. Dejó las dos cosas en la mesa que había al lado de la silla.

Iba a hacer el amor allí, en el despacho.

Al darse cuenta, a Anna se le aceleró el corazón aún más.

Él la agarró por las caderas y la atrajo hacia sí apretándola contra él para que sintiera su erección.

–Mira cómo me pones.

Ella se pasó la lengua por los labios.

–Tú a mí también.

Él la besó, por fin. Sus labios abrieron los de ella y le devoró la boca. Ella le devolvió el beso sintiéndose extasiada ante la carnalidad del abrazo. Sus senos desnudos contra la piel masculina. Le acarició los hombros, la espalda, la estrecha cintura, y se deleitó en la suavidad de su piel y la dureza de sus músculos. Después, descaradamente, le acarició las nalgas.

Él se separó, se quitó los zapatos y se desabrochó el cinturón. Ella pensó que quería que hiciera lo mismo y se llevó las manos a los vaqueros.

–No, déjame a mí –terminó de desnudarse y se quedó frente a ella, ostensiblemente excitado y con una seguridad en sí mismo que ella envidió.

Anna extendió la mano, pero luego vaciló y lo miro a los ojos.

–¿Puedo?

–Claro –respondió él, sorprendido ante la pregunta. –Quiero sentir tus manos y tu boca en mí, Anna. Y que tú sientas las mías. Llevo noches sin dormir pensando en tu sabor.

Ella ahogó un grito y le rodeó el miembro con los dedos. Estaba ardiendo y tenía la textura del satén. Era suave y duro como el mármol, pero estaba caliente, muy caliente. Él lanzó un silbido y se le tensaron los tendones del cuello.

Al ver cómo reaccionaba, ella cobró valor y lo acarició hacia arriba, hacia abajo, de nuevo hacia arriba mientras se deleitaba en la respiración jadeante de él. Deslizó el pulgar por la suave punta y atrapó y extendió una gota de humedad.

Él lanzó un gemido, se echó hacia atrás y se sentó en un sillón.

–Ven aquí.

Sin saber lo que quería, Anna se le aproximó. Él tiró de ella agarrándola por las presillas de los vaqueros y la situó entre sus piernas separadas. Le quitó el intercomunicador de la cadera, lo dejó en la mesa, y le bajó los pantalones y las braguitas con la habilidad de quien ya lo ha hecho muchas veces. Ella se quitó las sandalias y los pantalones.

Él le hizo cosquillas detrás de las rodillas y ascendió por los muslos acariciándoselos primero por fuera y luego por dentro, acercándose pero sin llegar al centro. Las lentas y metódicas caricias eran una tortura y un gozo a la vez para Anna.

Él se inclinó y le atrapó un seno con la boca y, con los labios, la lengua y los dientes, le produjo un placer delirante. Como no quería

que se detuviera, ella le agarró la cabeza y lo apretó contra sí. Le acarició las orejas, la nuca, los hombros y la espalda. Él se estremeció.

Después, se echó hacia atrás y se recostó en la silla.

–Quiero ver cómo sabes.

Ella se sonrojó de los pies a la cabeza.

–Yo también quiero probarte.

Él la miró medio sonriendo.

–Eso tendrá que esperar hasta la próxima vez.

Él palmeó los brazos del sillón y ella frunció el ceño al no entenderle.

–Pon aquí las rodillas.

Ella se mordió los labios.

–Confía en mí, Anna. No dejaré que te caigas.

Ella avanzó con precaución y puso la rodilla izquierda en uno de los brazos. Él la agarró por las nalgas y la levantó para que pusiera la derecha en el otro. Ella se aferró al respaldo del sillón para guardar el equilibrio y miró hacia abajo. En aquella postura, sus partes privadas estaban frente a la cara de Pierce. De su boca. ¡Por Dios!

Él la agarró con más fuerza por las nalgas, la llevó hacia delante y sacó la lengua para acariciarla íntimamente, lo cual inflamó a Anna. En unos segundos, su habilidad hizo que se olvidara de su postura inestable y que se centrara únicamente en sus caricias, la fuerza con la que la sujetaba por las nalgas y su pelo sedoso que le rozaba la tripa.

La tensión fue creciendo hasta que el placer estalló en una oleada de éxtasis. Sin dejarla tiempo a recuperarse, él lo repitió una y otra vez, dejándola cada vez más débil, hasta que le pareció que los músculos se le desintegraban. No estaba segura de poder seguir manteniendo el equilibrio.

–No puedo, Pierce. Creo que no… Las piernas…

–No te muevas.

Ella lo miró y vio que se ponía a toda prisa el condón. Luego la agarró de las caderas.

–Estira las piernas. No te preocupes, que ya te tengo.

Ella estiró una pierna y después la otra. Él la bajó con los brazos, que le temblaban al soportar todo su peso. El grueso extremo de su erección presionó la abertura de ella y él la hizo descender hasta llenarla por completo. Anna se quedó sin respiración ante la profundidad de la penetración. Y era tan placentera…

Abrió los ojos y le sorprendió la intimidad de la postura. Estaban uno frente al otro, pecho contra pecho, y el deseo que

brillaba en los ojos de él intensificó el suyo de manera exponencial. Soltó el respaldo del sillón y le puso las manos en los hombros, cuyos músculos se contraían al subirla y bajarla de forma rítmica, lo cual aumentó la tensión en su interior.

Mantuvo los ojos abiertos mirándola. Y eso le resultó mucho más excitante de lo que hubiera imaginado. El color de las mejillas masculinas se acentuó mientras el cuerpo de ella se contraía rítmicamente en torno al de él, y la velocidad de sus jadeos se aceleró. Él volvió a atrapar el ritmo, subiéndola, bajándola, con el esfuerzo reflejado en la cara y los tendones del cuello contraídos, hasta que ella volvió a alcanzar el clímax.

Él gimió, se echó hacia delante y apretó la cara contra los senos femeninos mientras su cuerpo se contraía espasmódicamente repetidas veces. El calor de su respiración le quemó la piel a Anna. Después aflojó la fuerza con la que la tenía agarrada. Ella, sentada sobre él, lo sintió latir en lo más profundo de sí misma. Las manos de Pierce ascendieron desde sus nalgas hasta su cintura y le acariciaron la espalda, húmeda de sudor. El sonido de la respiración jadeante de ambos llenó la habitación. A ella le pareció que su cuerpo, caliente y húmedo, no tenía huesos, que se había fundido con el de Pierce.

Él echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el sillón antes de abrir lentamente los ojos. Ella lo miró mientras volvía a la realidad.

Y se dio cuenta de que se estaba enamorando de su jefe.

Capítulo 9

Pierce pensó que no podría volver a moverse.

Una satisfacción completa lo tenía pegado a la silla. Había experimentado el mejor sexo de su vida.

Anna se movió en su regazo y volvió a renovar su deseo. Abrió los ojos, los parpados le pesaban. La tensión que reflejaba el rostro de ella le indicó que no se hallaba en el mismo estado que él.

Ella hizo una mueca al tratar de separarse. Pierce se dio cuenta de que debía estar incómoda con las piernas extendidas.

–Espera, voy a ayudarte –la sujetó por la cintura y la levantó para que ella pudiera doblar las piernas y ponerse de pie. Echó de menos inmediatamente su calor, lo que era extraño, ya que siempre había sido él quien se separaba de su compañera.

Ella se quedó frente a él sin saber qué hacer, cubriéndose con las manos como si de pronto sintiera vergüenza. Recorrió la habitación con la mirada, agarró los vaqueros y se protegió con ellos.

–¿A qué viene tanta prisa?

–Los niños. Tengo que trabajar y darme una ducha.

Él le agarró la barbilla. Le sorprendió el recelo de sus ojos azules.

–¿Lo lamentas?

–No.

Pierce intentó descifrar su expresión, pero no pudo. Pero había más de lo que adivinaba. ¿El qué? Mejor no preguntar.

–Me gusta tu sabor.

–Gracias –balbuceó ella, roja como un tomate.

–Y me gusta que me rodee tu calor y humedad. Esta noche, cuando los niños…

Ella se apartó bruscamente.

–Tengo que ducharme y vestirme antes de que se despierten. Hasta luego. Recogió el resto de la ropa, lo que a Pierce le suministró una vista breve pero deliciosa de sus nalgas, y se marchó a toda prisa.

Él no estaba seguro de lo que había sucedido, aparte de que ambos hubieran llegado al orgasmo, pero tenía la certeza de una cosa: no volvería a suceder.

Estaba enamorada de Pierce Hollister.

Anna dio una patada a la pelota de Cody con demasiada fuerza, por lo que fue a parar al estanque. Las ondas provocadas por el impacto activaron la alarma del estanque.

Cody se tapó los oídos. Graham se sobresaltó y comenzó a hacer pucheros. Anna lo tomó en brazos y recogió la manta que había en la hierba.

–No pasa nada. La pelota se está bañando. Vamos a jugar a otro sitio. La alarma se detendrá enseguida. Te echo una carrera a la parte delantera del jardín, Cody.

Cuando llegaron, dejó a Graham en el suelo y puso la manta en una zona a la sombra. Los niños se pusieron a jugar y ella a reflexionar sobre su problema.

Le encantaba que Pierce hubiera establecido una beca para niños desfavorecidos y que leyera personalmente cada solicitud.

Le encantaba que hubiera contratado un equipo para conseguir que soltaran a Kat, a pesar de haberlo traicionado.

Le encantaba cómo observaba a Graham, con una mezcla de respeto, fascinación y miedo. Se le podía enseñar a dominar el miedo.

Tenía que convencer a Pierce de que era digno de ser amado, sólo entonces podría corresponder a su hijo.

Tenía que ayudarlo no solo por Graham: se había convertido en algo personal.

Un sonido agudo interrumpió la ducha de Pierce.

Era la alarma del estanque, que había instalado por si uno de los niños se caía dentro.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Salió de la ducha, agarró una toalla y salió corriendo. Al llegar a la cocina, la alarma se detuvo. Él también lo hizo para enrollarse la toalla en las caderas y siguió corriendo hasta llegar al estanque.

La pelota azul de Cody flotaba en el agua, pero no había señal de Anna ni de los niños.

Su pánico disminuyó al comprender lo que había sucedido. ¿Dónde estaban? No podía ponerse a buscarlos envuelto en una toalla. Volvió a entrar en la casa.

–¡Anna! –subió las escaleras. –¡Anna! –la buscó en la habitación de los niños y en el cuarto de baño. Tenían que estar fuera.

Volvió rápidamente a su habitación para vestirse y salió a buscarlos. Lo hizo en la parte trasera del jardín y en el embarcadero. No estaban paseando por el río.

Trató de calmarse pensando que Anna no consentiría que les pasara nada a los niños.

Rodeó la casa y vio a Cody persiguiendo una mariposa y a

Graham detrás de él. Anna estaba sentada en una manta observándolos y riéndose.

Pierce experimentó un inmenso alivio. Se inclinó y se puso las manos en las rodillas para recuperar el aliento. A pesar de que el sonido de la alarma lo había aterrorizado, el hecho era que había funcionado y que si uno de los niños se hubiera caído al agua, habría llegado a tiempo de salvarlo.

Sintió una opresión en el pecho al pensar en que algo pudiera pasarle a Graham o a Cody, lo cual distaba mucho de su idea de unos días antes de echar a los tres de su casa.

Al enderezarse, Anna lo estaba mirando fijamente.

–¿Te encuentras bien?

–Sí. He oído la alarma –se acercó a ella y se sentó en la manta.

–Lo siento. La pelota se cayó y no me atrevía a recuperarla con los niños a mi lado. Estoy tratando de enseñarles que no se acerquen al agua.

Llevaba puesta la ropa que él le había quitado antes. La deseó de nuevo. ¿Cómo podía hacerlo tan pronto? Pues así era. Quería tumbarla en la manta y desnudarla.

–¿No has tenido tiempo de ducharte?

–No, Cody ya estaba despierto cuando he subido. ¿Y tú?

–Me estaba enjabonando al oír la alarma.

Ella sonrió. Alzó la mano, dudó y volvió a bajarla.

–Eso explica la espuma que tienes en la oreja.

–Creo que voy a volver adentro –al observar que ella tenía el pelo enredado, se dio cuenta de que no había tenido tiempo ni de peinarse. –No se me había ocurrido que no pudieras ducharte cuando te apeteciera a causa de los niños.

–Aprender a supeditar tus necesidades a las de los niños es una de las características de ser padre.

–Le diré al ama de llaves que te sustituya más a menudo.

–Fuiste tú quien me dijo que mi exceso de trabajo estaba más que compensado. No te preocupes.

Él sintió un inmenso deseo de alisarle el cabello, de sentir sus satinados mechones rozarle el pecho, el abdomen y más abajo. Le puso la mano en la nuca y la atrajo hacia sí.

Ella se sonrojó.

–Los niños…

–Están perfectamente. Y probó la dulzura de su boca. Tras una leve vacilación, la lengua de ella se enredó en la suya, y él sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Cómo conseguía provocar en él una respuesta tan intensa y tan rápida?

Un chillido infantil hizo que alzara la cabeza. Parecía que los niños habían descubierto un sapo. El anfibio saltó y Cody lo imitó.

Graham lo intentó, pero fracasó. Pierce se echó a reír al verlos y se sorprendió a sí mismo diciéndole a Anna que fuera a ducharse.

–Pero…

–Yo los vigilaré –le resultaba increíble estar ofreciéndose a hacerlo, pero Anna tenía que ducharse. Eso no implicaba que estuviera estableciendo un vínculo emocional con los niños, ni con ella, sino que trataba de ser un jefe considerado.

Ella parecía indecisa.

–Vete, Anna. Y no hace falta que te des prisa –la vio marcharse con cierto temor. –Nos hemos quedado solos, niños.

Graham se le acercó con paso inseguro.

–*Pa, pa, pa.*

Pierce abrió la boca para decirle que no era su padre, pero lo pensó mejor. ¿Qué más daba? El niño no lo entendería.

Graham se le sentó en el regazo y él no tuvo el valor de apartarlo, sino que lo observó mientras jugaba con sus dedos, le tiraba de los cordones de los zapatos, suspiraba, se metía el pulgar en la boca y se apoyaba en su pecho de la misma forma que lo hacía con Anna. Segundos después, estaba dormido.

Pierce quiso huir de allí, pero al moverse lo despertaría, y no quería que se pusiera a gritar y a llorar. No lo soportaba. Así que se quedó sentado, inmóvil, mientras vigilaba a Cody.

El cuerpecito del niño comenzó a inclinarse. Pierce lo abrazó y le acarició la espalda. Era tan pequeño, tan confiado. Causaba tantos problemas… Y no formaba parte de su plan de vida.

Observó que al niño se le formaba el mismo remolino en el pelo que a él.

¿Qué haría si Kat no volviera? No quería hacerse responsable de su hijo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

No podía abandonar al niño para que lo entregaran a una familia de acogida después del modo en que los servicios sociales habían fracasado con Sean.

¿Y la adopción? La idea de que unos desconocidos criaran a Graham le revolvió el estómago.

Si Kat no volvía, tendría que quedarse con él. El corazón le empezó a latir con tanta fuerza que fue un milagro que el niño no se despertara. Si fuera necesario, se ocuparía de Graham como lo había hecho Hank con él mismo, mediante niñeras e internados. No era una infancia ideal, pero era mejor que las otras opciones.

Sin embargo, esperaba que Kat volviera y no tener que someterse a aquella dura prueba.

Anna se duchó a toda prisa, a pesar de las instrucciones de Pierce. Bajó las escaleras corriendo y salió al jardín, pero se detuvo

al ver a Pierce con su hijo dormido en el regazo. Sintió que el corazón se le derretía.

Cody seguía corriendo detrás de la mariposa, pero, al ver a su madre, corrió hacia ella.

–Agárrala, mamá.

–No podemos agarrarla, cielo, porque le haríamos daño –lo besó en la frente al tiempo que miraba a Pierce.

La ternura del rostro de éste se transformó en alivio y después en deseo, al mirarla de arriba abajo. Ella, muy nerviosa, se le acercó.

–Tiene el mismo remolino que yo.

–Ya te dije que se te parecía. Incluso tiene algunos de tus gestos.

–Eso es imposible.

–Cody tiene cosas de su padre, a pesar de que no se conocen.

–¿No te molesta ver a tu ex en él?

–No, de hecho espero que herede su talento musical.

–¿Sigues queriéndole?

–Mi amor por él murió cuando le dio la espalda a su hijo.

–Y crees que yo he hecho lo mismo.

–Entiendo tus razones para rechazar a Graham, pero, ya que ha venido al mundo, forma parte de ti. Es tu hijo. Voy a llevarlo a la cama para que esté más cómodo.

–¿Vas a arriesgarte a que se despierte? Grita más fuerte que la alarma del estanque.

–Es verdad que tiene buenos pulmones, pero últimamente sus horarios de sueño se han alterado, así que lo mejor es que vuelva a su rutina –se agachó y sus dedos rozaron el pecho de él al agarrar al niño. Observó que el niño estaba muy acalorado, y le puso la mano en la mejilla. –Tiene un poco de fiebre.

–¿Qué hacemos?

–De momento, observarlo. Tener algo de fiebre está bien porque ayuda a combatir los virus. Si le sube, tendremos que bajársela y buscar a un pediatra. ¿Sabes quién es su médico en Atlanta, para que nos dé su historia?

–No.

–No importa, no creo que sea necesario. Vamos a preparar la cena, Cody.

Entró en la casa con Graham en brazos y Pierce y Cody la siguieron. Pierce se fue a su despacho y ella metió al niño en la cuna. Después agarró una sábana para hacer una tienda de campaña para que Cody se entretuviera mientras preparaba la cena, tomó en brazos a su hijo y bajó a la cocina.

Pierce entró con unas cuantas solicitudes en la mano cuando ella ponía la mesa.

–¿Qué haces?

–Entretener a Cody mientras hago la cena.

–Sean y yo jugábamos en una tienda de campaña debajo de la mesa. Lo había olvidado.

–Era mucho mayor que tú.

–Siete años. Era un héroe para mí –se sentó en una silla. –Vino a buscarme cuando dejó a su familia de acogida. Tenía dieciocho años y quería cuidarme. Hank lo echó. Le rogué que me dejara ir con él, pero Hank me dijo que considerara que Sean estaba tan muerto como el resto de la familia. Y mi hermano murió.

–Lo siento mucho, Pierce. Fue una crueldad –afirmó ella con lágrimas en los ojos.

–Así era Hank. Decía que había que olvidarse del pasado, vivir el presente y planear el futuro.

–¿Y por qué no hay que aferrarse a los buenos recuerdos?

–Porque el pasado no se puede cambiar. Lo único que puede hacerse es modelar el futuro. Recordar es una pérdida de tiempo.

–Pero el pasado es lo que nos hace ser como somos. Cada experiencia, buena o mala, nos ha convertido en lo que somos hoy. Me parece que tus primeros ocho años de vida fueron maravillosos.

–Así es.

Ella sintió un inmenso deseo de abrazarlo y consolarlo, pero se conformó con apretarle el hombro.

–Sé que es muy doloroso haber perdido a tus padres y a tu hermano, pero siguen viviendo en ti, Pierce. Y un día, Graham querrá saber cómo eran sus abuelos y que le hables de Sean y de ti. No se lo niegues.

Ya le había presionado bastante, así que dejó que reflexionara sobre sus palabras mientras ella seguía con la preparación de la cena. De pronto, un extraño sonido salió del intercomunicador. Parecía como si Graham se estuviera ahogando.

Salió corriendo hacia el piso superior. Graham tenía la cara contorsionada y su cuerpo experimentaba sacudidas. A Anna se le puso en corazón en la boca. Lo puso de lado y se aseguró de que pudiera respirar.

–¿Qué pasa? –le preguntó Pierce que la había seguido.

–Le ha dado un ataque. Llama a una ambulancia y abre la verja exterior –al ver que no hacía nada, volvió la cabeza. Pierce estaba inmóvil y pálido como un muerto. –Llama ya, Pierce, Necesitamos ayuda.

Capítulo 10

Pierce, con los puños apretados, recorría el estrecho espacio que había al lado de la cama en la sala de urgencias. Cuando Graham lo había necesitado más que nunca, no había hecho nada. De no ser por la calma que Anna había mantenido… No quiso seguir pensando. Quería que ella estuviera allí para asegurarle que el niño se pondría bien, pero solo había sitio para una persona en la ambulancia.

Miró a Graham, que estaba sedado. Le habían puesto suero y tenía otros cables conectados al cuerpecito. El médico entró.

–¿Tiene Graham un historial de ataques, señor Hollister?

–No lo sé.

–¿Tiene algún tipo de alergia?

–No lo sé.

–Usted es su padre, ¿verdad?

–Sí, soy su padre –lo reconoció por primera vez y, al hacerlo, sintió el peso de la responsabilidad. Anna tenía razón. Graham era carne de su carne y sangre de su sangre. Era su hijo. –Soy su padre, pero no tengo la custodia. Vive con su madre en Atlanta, pero ella está en el extranjero y es imposible ponerse en contacto con ella. Nunca me ha dicho que el niño tuviera problemas de salud, y no puedo conseguirle a usted esa información, ya que ni siquiera sé el nombre de su pediatra. Pero yo no soy alérgico a nada, y creo que su madre tampoco.

–Bueno es saberlo.

–¿Cuándo se despertará?

–Pronto. Hemos tenido que sedarlo para hacerle un encefalograma y otras pruebas. Y tengo buenas noticias: todas han sido negativas.

–¿Quiere eso decir que va a dejar de tratarme como si hubiera hecho daño a mi hijo?

–Lo siento, pero se dan casos de maltrato y tenemos que descartar la existencia de daños intencionados. Solemos separar al progenitor del niño hasta estar seguros. No es nada personal.

–¿Qué le ha producido el ataque?

–Creemos que se trata de un ataque febril debido a la rápida subida de la fiebre. ¿Le ha sucedido eso alguna vez a usted o a la madre?

–No lo sé –comenzaba a odiar esas tres palabras.

–¿Alguien se ha puesto enfermo en su casa últimamente?

–Sí, mi secretaria. Ayer tuvo mucha fiebre.

–Entonces es posible que su hijo haya atrapado el mismo virus.

–¿Volverá a pasarle?

–Es probable. Lo tendremos en observación esta noche como medida de precaución.

Pierce miró al niño, frágil e indefenso en la gran cama. Sintió una opresión en el pecho.

–No quiero dejarlo solo.

–Es comprensible, señor Hollister. Voy a examinarlo. Salga unos minutos y lo trasladaremos a una habitación.

Pierce no fue capaz de moverse. Sabía que el personal médico tenía que hacer su trabajo para que Graham se recuperara, pero…

Alejarse de la cama, de su hijo, fue lo más difícil que había hecho en su vida. Dejar que Graham, Anna y Cody se marcharan lo sería aún más, no le cabía duda alguna.

Pero lo haría. Había sobrevivido a cosas peores.

Y al final, sería lo mejor.

–Gracias por venir a recogernos– dijo Pierce cuando llegaron a casa.

Anna observó el agotamiento reflejado en el rostro de Pierce.

–¿Por qué no te duchas y te echas un rato? Yo me encargaré de Graham.

Extendió los brazos para tomar al niño, pero Pierce se apartó un poco.

–Estoy bien.

Ella le quiso un poco más en ese momento. El día anterior, asustado, se había negado a perder de vista al niño. Aunque Anna detestaba verlo sufrir, estaba comprobando que Pierce había establecido un vínculo con su hijo y que se estaba convirtiendo en el padre que ella había esperado que fuera. Y si podía querer a Graham, tal vez hallara un hueco en su corazón para Cody y ella.

–Mamá –grito Cody corriendo hacia el vestíbulo, perseguido por Sarah.

Anna lo levantó y lo abrazó.

La secretaria había vuelto aquella mañana, dispuesta a trabajar, y se había ofrecido a cuidar a Cody mientras Anna iba al hospital a recoger a Pierce y Graham.

–Me alegro de que te encuentres mejor –le dijo Pierce.

–Gracias. Siento que el virus haya puesto enfermo a tu hijo. Tienes un aspecto horrible. Haz caso a Anna: date una ducha y descansa.

–Pero, las solicitudes…

–Anna ha encontrado al ganador mientras estabas en el hospital. Ha debido estar buena parte de la noche leyendo. He visto la solicitud y estoy de acuerdo en que es la ganadora. Te la enseñaré cuando hayas descansado.

–Te vuelves a portar como una madre.

–Alguien tiene que hacerlo. Vete. Y mete a Graham en la cuna. Hazme caso, dormir es la mejor forma de vencer el virus.

Pierre vaciló unos instantes antes de subir las escaleras. Anna anhelaba ir con él. Cuando hubo desaparecido de la vista de ambas mujeres, Anna vio que Sarah la miraba con aire interrogante.

–¿Pasa algo? –le preguntó.

–No sé lo que le has hecho, pero me gusta. Espero que él no te parta el corazón.

–¿El corazón?

–Te has enamorado de él. Te advierto que no será un camino de rosas. Pero mi madre decía que los hombres a los que más cuesta amar son los que más lo necesitan.

Anna estuvo a punto de protestar, pero se contuvo porque no podía negar la verdad.

–¿Por qué no vas a ver si necesita algo? –prosiguió Sarah. Yo me encargo de tu hijo. Es un encanto. Vamos a comer algo, Cody.

El niño se retorció hasta que Anna lo dejó en el suelo. Después, le dio la mano a Sarah y los dos se dirigieron a la cocina.

Anna, armándose de valor, subió las escaleras.

Pierce apoyó los brazos en la cuna de Graham y trató de reflexionar. Su vida había cambiado radicalmente desde la llegada del pequeño. Pero estaba resuelto a que las cosas fueran como antes y a volver a su plan. El trabajo siempre estaría allí. Las personas no ofrecían esa garantía.

Oyó que Anna se le acercaba. Ella se detuvo a su lado ofreciéndole apoyo en silencio.

–¿Cómo supiste lo que hacer cuando Graham sufrió el ataque?

–He tenido alumnos con epilepsia. Y decidí aprender la forma de tratarlos.

–Yo no tenía ni idea.

–La mayor parte de la gente tampoco. Pero los ataques febriles suelen suceder solo al principio de la enfermedad. Graham no debiera tener más

–¿Cómo lo sabes?

–Por Internet –respondió ella sonriendo.

Él sintió que algo se iluminaba en su interior. Debería decirle que se marchara y volver a la relación previa de jefe y empleada, pero no tenía fuerzas.

Ella le puso la mano en la espalda y sus sentidos, adormilados,

se reavivaron.

La imagen del cuerpo de ella mojado contra el suyo hizo que el corazón le latiera más deprisa.

–Ven conmigo.

–¿A la ducha?

–A dormir.

Ella se mordió los labios.

–Bueno, pero sólo un ratito porque tengo que volver con Cody.

Él la tomó de la mano y la condujo al cuarto de baño de su habitación y se desnudó. Le gustó cómo lo miraba, devorando cada centímetro de su piel con las pupilas expandidas, las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos. Antes de quitarse los calcetines ya estaba completamente excitado.

Ella puso los ojos como platos al ver su reacción y se humedeció los labios con la lengua. Él deseaba tanto sentirla en él que estuvo a punto de olvidarse de la ducha. Pero necesitaba desprenderse del olor a hospital. Y después la poseería.

Se duchó en un abrir y cerrar de ojos mientras Anna seguía mirándolo.

Se secó rápidamente y no se molestó en peinarse. Extendió los brazos hacia ella.

Anna se puso de puntillas y lo besó en los labios. Pero a él no le bastó. La quería tener desnuda contra sí. Le quitó la ropa en un santiamén y se apartó un poco para admirar sus senos. Pero mirarlos no le bastó. Probó uno y después el otro mientras el deseo crecía en su interior.

Le acarició todas las curvas de su cuerpo, y al ver el reflejo de su espalda en el espejo, contempló la posibilidad de poseerla allí mismo.

Pero decidió que no debía apresurarse la última vez que iban a estar juntos. Quería ir despacio, saborear cada segundo, cada sabor, cada olor, cada respiración. La llevó en brazos a la cama.

Anna extendió los brazos invitándolo a unirse a ella, pero él tenía que probar una última vez su dulce néctar. La besó en la boca y enredaron sus lenguas mientras le separaba los labios inferiores con los dedos. Ya estaba húmeda, excitada y dispuesta. Pero aún no había llegado el momento.

Fue deslizando la boca hacia abajo rozándole los pezones de camino hacia el ombligo y el triángulo de sus rizos. Descendió hasta el hinchado montículo y lo rozó con la lengua. Ella lanzó un grito ahogado y arqueó la espalda. Él le agarró las nalgas. Resuelto a que la última vez fuera la mejor, la lamió y chupó guiándose por la música de los gemidos femeninos. Y cuando el cuerpo de ella se tensó indicándole que estaba a punto del alcanzar el clímax, la

tomó con los dedos. Ella se agitó y tembló, y sus músculos se contrajeron en torno a él. Pero un orgasmo no era suficiente. Quería que ella recordara aquella vez y lo recordara a él. Y volvió a conducirla de nuevo al clímax hasta que ella quedó sin fuerzas en sus brazos.

–Por favor, Pierce. Te necesito.

La voz de ella, jadeante, quebró su control. Se colocó sobre su cuerpo y entre sus piernas. Estuvo a punto de olvidarse del condón. Abrió de un tirón el cajón de la mesilla y se lo puso con impaciencia.

Le sostuvo la mirada mientras se introducía muy lentamente en su ardiente abrazo. Ardía de deseo. Su cuerpo lo impulsaba a avivar el fuego y a correr hacia él, pero se contuvo y trató de ir lentamente y de saborear cómo ella se le aferraba y cómo lo acariciaba con la punta de los dedos. El cuerpo se le empapó de sudor debido al esfuerzo.

Anna unió los tobillos sobre su espalda y levantó el cuerpo para recibir cada embestida. Le arañó la espalda sin hacerle daño, pero haciéndole perder el control. Después le pellizcó los pezones, y la presa reventó.

No pudo contenerse ni un segundo más. Se vio inundado de olas sucesivas de fuego ardiente, y cuando acabaron los espasmos, se sintió más exhausto que en toda su vida. Se derrumbó como un castillo de naipes. Anna le acarició la espalda.

Cuando recuperó algo las fuerzas, se apoyó en los codos e inspiró profundamente el olor a sexo y madreselva.

Y se despidió de ella en silencio.

Había llegado la hora de volver a alzar el muro.

Anna, con el teléfono en la mano, llamó a la puerta del dormitorio de Pierce. Hacía una hora que él se había quedado dormido a su lado, cincuenta minutos que ella se había levantado y había ido a su habitación a ducharse.

Cuarenta minutos desde que había visto si Graham seguía durmiendo y había bajado en busca de Sarah para ponerse a escribir las cartas de denegación de la beca, pero había sonado el teléfono y, por la expresión de Sarah, sospechó que a Pierce no le iba a gustar la llamada.

Volvió a llamar a la puerta y, al no obtener respuesta, entró. Pierce seguía en la cama, desnudo, tumbado boca abajo, con medio cuerpo tapado por la sábana y arañazos a lo largo de la espalda que solo ella le podía haber hecho.

Él se dio la vuelta y se pasó la mano por la cara.

–Estás vestida.

–Sí. Te llaman por teléfono. Sarah dice que es urgente.

Él se sentó y la sábana se deslizó hasta su regazo revelando su deliciosa carne masculina. Tendió la mano a Anna. La habitación olía a él y a lo que habían hecho. El corazón de ella se aceleró y el deseo se volvió a adueñar de su cuerpo.

Pierce agarró el teléfono.

–Soy el señor Hollister –la espalda se le puso rígida. –¿Cuándo? –cerró los ojos con evidente alivio. –¿Está bien?

Anna se puso muy nerviosa. La llamada solo podía significar una cosa. Y aunque se alegraba por Graham, no estaba segura de lo que pasaría con Pierce y ella. Cuando Kat volviera, se quedaría sin trabajo.

–Muy bien –dijo él. –Metedla en un avión. La estaremos esperando –colgó y dejó caer el teléfono en el regazo.

–Kat va a volver.

–¿Cuándo llegará?

–Esta mañana. Va a tomar un avión ya. Bajaré dentro de diez minutos.

Su rostro estaba tan tenso e inexpresivo como cuando ella lo había conocido. Y le pareció que aquello era el principio del fin.

Pierce abrió la puerta principal y una mujer alta y rubia se lanzó sobre él y lo abrazó como si no fuera a soltarlo. Él le puso las manos en la cintura, sin abrazarla, pero sin rechazarla tampoco.

Anna no le veía la cara, por lo que no sabía qué emociones experimentaría.

Por fin, Kat se separó de él.

–Gracias por lo que has hecho para sacarme de allí.

–De nada.

–Papá te pagará…

–Olvídalo.

–¿Dónde está Graham? –Kat escudriño el vestíbulo y vio a Anna y al niño. Este echó los brazos a su madre y Anna se lo entregó sintiendo que se llevaba con él parte de su corazón.

Kat lo abrazó estrechamente. Y sus lágrimas y sollozos parecieron genuinos.

–¡Cuánto has crecido!

Invadida por la ira, Anna quiso recriminarle que se hubiera marchado sin haber buscado a una niñera más fiable para cuidarlo. Pero se contuvo.

–Kat, esta es Anna, la niñera que ha cuidado de Graham –dijo Pierce.

Anna se obligó a sonreír.

–Es un encanto de niño.

–Sí, así es. Y gracias.

–Tu hijo lo ha pasado mal desde que te fuiste –afirmó Pierce. –Vamos al estudio y te lo contaré.

Los tres se marcharon y Anna sintió un nudo en la garganta.

¿Qué sería de Pierce y de ella?

Capítulo 11

Pierce observó cómo se cerraba la verja tras el coche que llevaba a Kat y a su hijo al aeropuerto. La inquietud se apoderó de él.

Pensó que era porque se sentía aliviado al dejar de ser responsable de Graham. Las cuarenta y ocho horas anteriores habían demostrado que no estaba hecho para ser padre.

De no haber sido por Anna, el niño podría haber acabado como Mike.

Anna… Otro cabo suelto. En cuanto lo atara, su vida volvería a la normalidad.

Cerró la puerta mientras reflexionaba sobre su falta de respuesta al volver a ver a Kat. Ya no la deseaba, pero las cosas se habían enfriado meses antes de que ella lo traicionara.

Kat había sido un error de cálculo. La había elegido por estar tan entregada a su profesión como él, pesando en que no le exigiría nada más que buen sexo y diversión. No esperaba que consintiera que un hijo interfiriera en su trabajo.

Y así había sido: había dejado a Graham en manos de una niñera que no era digna de confianza.

La ira se apoderó de él. Si volviera a suceder…

Pero no volvería a suceder porque había decidido que no quería ser padre y que el niño estaría mejor con su madre.

Era hora de retomar su vida y centrarse en Hollister Ltd.

Pero, primero, Anna.

Lo único que tenía que hacer era entregarle un cheque y llamar a un taxi para que la llevaran, con su hijo, a su piso. Era muy sencillo. Entonces, ¿por qué se demoraba en el vestíbulo en vez de ponerse manos a la obra?

–Anna.

Ella oyó su voz desde el cuarto de los niños. El corazón se le detuvo. Miró a Cody para asegurarse de que seguía durmiendo y acudió a la llamada.

Pierce estaba en el vestíbulo.

–Vamos a mi despacho –le ordenó.

Anna trató de no prestar atención al temor que la asaltó. Él ya no necesitaba niñera, y sus vacaciones habían terminado. Volvería al mundo real en… ¿dónde? ¿Querría que Cody y ella fueran con él o viviría cerca de donde lo hacía ella? No esperaba de él un

compromiso inmediato ni nada parecido. Necesitaban tiempo para conocerse.

¿Y casarse? La palabra la conmocionó. ¿Contemplaba en serio la posibilidad de volver a casarse? Se había prometido no volver a depender de los caprichos de un hombre. Pero quería relacionarse con Pierre y que supiera que siempre podría contar con su apoyo. Quería amarlo y enseñarle a amarla.

Entró en el despacho hecha un manojo de nervios.

Pierce, sentado tras su escritorio, tenía casi la misma expresión adusta que cuando se habían conocido.

–¿Se han marchado Kat y Graham?

–El padre de Kat la espera impaciente en Atlanta –le entregó una carpeta que tenía frente a él.

–¿Cuándo volverás a ver a Graham?

–No lo volveré a ver.

–Pero…

–No hay peros que valgan, Anna. Nada ha cambiado. No soy su padre, salvo en el plano biológico. Está mejor con su madre.

Ella lo miró horrorizada.

–¿Cómo puedes decir eso después del tiempo que has pasado con él?

–Es muy sencillo: en mi vida no tiene cabida un niño. En la carpeta hay un cheque por el salario de tres meses y una carta de recomendación.

–Es demasiado. Sólo he trabajado dos semanas.

–Te lo has ganado trabajando las veinticuatro horas del día. No me percaté de lo que eso significaba al firmar el contrato. Gracias por cuidar de Graham. El taxi que os llevará a casa llegará dentro de una hora –se puso en pie, rodeó el escritorio y abrió la puerta.

La sorpresa dejó a Anna sin aliento.

–¿Y eso es todo? ¿Adiós y gracias?

–Sí.

–¿Y nosotros?

–Te dije que nuestra relación duraría lo que durara tu empleo.

–Sí, pero… –se mordió la lengua tratando de conservar la dignidad, a pesar de que tenía el corazón destrozado. Había creído que la naturaleza de la relación había cambiado cuando él le hizo el amor de forma tan hermosa. Pero la despedía como a cualquier otro empleado, agradeciéndole los servicios prestados. Se sintió humillada.

El dolor le oprimía el pecho, pero no iba a llorar delante de él. Se dio cuenta de que se había vuelto a engañar, como lo había hecho al creer que Todd la quería.

Pierce no iba a cambiar. Consentir que su hijo dejara de formar

parte de su vida demostraba que no bajaría la guardia para dejar que Cody y ella entraran en ella. No la amaría como ella ansiaba ser amada.

–Haré la maleta lo más deprisa que pueda –dijo con el resto de orgullo que le quedaba. Y salió del despacho dejando al hombre al que amaba.

–¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! ¡He ganado! –exclamó la joven dando saltos. Después agarró a su hija de dos años de las manos y se puso a bailar con ella en el salón de su piso.

A Pierce, su conducta y las risas de la niña le recordaron a Anna, Cody y Graham.

–Enhorabuena, Nikki.

Anna había elegido bien. Aquella joven no era una persona a la que normalmente Hollister Ltd. hubiera concedido la beca. Pierce reconocía que la habría descartado en cuanto hubiera leído que se había quedado embarazada a los quince años. Había acabado la escuela secundaria, a pesar de su maternidad, trabajaba cobrando el salario mínimo, estudiaba en la universidad e iba a las escuelas a dar charlas a las chicas sobre cómo evitar un embarazo en la adolescencia. Quería ser maestra, como Anna.

Cuando Nikki dejó de dar vueltas, lloraba de felicidad.

–No se hace idea de lo que esto significa para mí. Cuando me licencie podré encontrar un empleo de verdad, y me llevaré a Leila y a mi madre de este piso.

–El banquete para celebrar la concesión de la beca será el veintiséis –dijo Pierce entregándole la invitación. –Mi empresa pondrá un avión a su disposición.

Nikki dejó de sonreír al leerla.

–¿Es un sábado? ¿Y en Arizona? No puedo ir.

Pierce se quedó sin habla y miró a Sarah, que se encogió de hombros.

–Ningún ganador se ha negado a acudir a la celebración. Tenga en cuenta que la llevaremos a usted y a los miembros de su familia que desee en un jet privado y que se alojarán en un hotel de primera clase con todos los gastos pagados.

–Parece un sueño para una chica como yo, señor Hollister. Nunca he subido a un avión, pero a mi madre le da miedo volar. Y aunque no se lo diera, los fines de semana trabajo. Mi jefa no puede atender el restaurante ella sola. Y sólo puedo dejar a la niña con mi madre. Así que, a pesar de la magnífica oportunidad que me ofrece, me temo que no puedo aceptar.

Pierce examinó el piso, situado en un barrio desfavorecido. Estaba limpio, pero era evidente que la familia de acogida de Nikki

no podía permitirse lujo alguno. Y la muchacha estaba dispuesta a sacrificar su futuro por su hija y por la felicidad de una familia que no era sangre de su sangre.

Como Anna.

Esos días, todo le recordaba a ella.

–¿Qué hará su jefa cuando usted sea estudiante a tiempo completo?

–Le he prometido que seguiré trabajando los fines de semana. Le debo mucho. Dio trabajo a mi madre cuando mi padre nos dejó, y a mí al cumplir los dieciséis. Solicitar la beca fue idea suya. Es como si fuera mi abuela

–Entonces, tendremos que celebrar aquí el banquete.

Sarah lo miró con los ojos abiertos como platos.

–Pierce…

–Cuando lo hayamos organizado nos pondremos en contacto con usted.

Sarah y él salieron del piso y se montaron en el coche de alquiler que los esperaba.

–¿Sabes que lo que te pasa tiene fácil solución? –le preguntó Sarah.

–¿De qué hablas?

–Llama a Anna. Creo que le gustaría conocer a Nikki.

–Anna ya ha hecho su parte. Y te equivocas si crees me pasa algo a causa de ella.

–Llevas dos semanas refunfuñando y deambulas por el despacho como un león enjaulado. Tienes ojera y estás adelgazando. Y miras a cada niño con el que nos cruzamos como si buscaras a Graham o a Cody. Los echas de menos, reconócelo.

Sarah lo conocía muy bien. Él había recuperado su antigua vida, su paz y su rutina. Sin embargo, le faltaba algo.

–Los echo de menos, pero no hay sitio para ellos en mi vida. Ahora no.

–Entérate de una vez, Pierce: la vida no es fácil y conveniente, sino complicada, y exige comprometerse.

Resuelta a ocultar su estado de ánimo a Elle, Anna entró en el piso con una sonrisa forzada.

Elle alzó la vista. Estaba sentada en el suelo jugando con Cody.

–Ha llamado el señor Hollister.

El corazón de Anna dejó de latir.

–¿Qué ha dicho?

–Quería saber si Cody y tú estabais bien, pero ha dicho que no hace falta que le devuelvas la llamada.

–¿Nada más?

–No, nada importante. Hemos hablado de Cody y de tu antigua escuela.

Las esperanzas de Anna se evaporaron. Tenía que dejar de creer en los milagros. Pierce no iba a darse cuenta, de pronto, de que no podía vivir sin Cody y sin ella.

–He recogido el correo –afirmó Elle señalándole con la cabeza la mesa de la cocina. Un gran sobre amarillo estaba encima del resto.

Anna lo tomó y vio que se lo enviaba Pierce desde Arizona.

¿Pierce vivía en el otro extremo del país? Ella sólo había recibido un sobre de semejante calidad cuando le mandaron una invitación de boda. ¿Se iban a casar Pierce y Kat?

Sintió náuseas. Abrió el sobre y sacó la tarjeta que contenía. Hollister Ltd. la invitaba al banquete en honor de la ganadora de la beca, Nikki Smith.

Así que Pierce había aceptado a la persona que ella había elegido. Se sintió halagada.

Leyó el resto e hizo un gesto negativo con la cabeza, ya que, a pesar de las ganas que tenía de ver a Pierce, no podía permitirse el viaje a Charleston, en Carolina del Sur, donde se celebraría el banquete.

Con pesar, extrajo la tarjeta de respuesta para escribir que lamentaba no poder acudir.

Era hora de seguir adelante y olvidarse de Pierce Hollister y de la magia que había habido entre ellos.

Pierce lanzó sobre el escritorio la respuesta de Anna. Quería llamarla y decirle que no podía negarse. Había sido ella la que había elegido a la ganadora.

Quería verla. Y a Cody también.

Y a Graham.

Llevaba mucho tiempo pensando en ellos.

Agarró el informe que había obtenido a raíz de su conversación telefónica con Elle. Esta le había dicho que Anna no conseguiría trabajo hasta limpiar su reputación y que llevaba semanas buscando a la profesora a la que había sustituido porque sospechaba que ella había tenido el mismo problema que Anna con el padre del alumno.

Pierce encargó a los mejores detectives que la encontraran, y lo habían hecho. Se había escondido al saber que estaba embarazada del padre de un alumno, que era un importante benefactor de la escuela y que había tratado de que la profesora abortase. La única opción de ésta para conservar al bebé había sido huir.

Anna no había mentido.

Haber apartado a Anna y a los niños de su vida le había causado una herida que no iba a sanar, como tampoco lo había

hecho la pérdida de sus padres y la de Sean.

Tenía que hacer las cosas bien y, para ello, debía vencer el miedo a amar y a que lo abandonaran.

Y no sabía por dónde empezar.

Anna le diría que lo hiciera por Graham. Criarlo como Hank había hecho con él no funcionaría, ya que no quería ser un desconocido para su hijo, como Hank lo había sido para él. Y tampoco quería apartarlo de su madre, que, a pesar de cuáles fueran sus prioridades, quería al niño.

Ya que ella viajaba mucho, tal vez pudiera convencerla de que le dejara a Graham cada vez que se marchara. No era mucho, pero era un punto de partida. Quería que su hijo formara parte de su vida, y una vez que lo hubiera arreglado, iría a por Anna y Cody.

Capítulo 12

El sábado por la mañana llamaron a la puerta del piso de Anna, que estaba haciendo galletas de avena. Sobresaltada, abrió y se lo encontró frente a ella. Las piernas comenzaron a temblarle mientras lo devoraba con los ojos. Iba trajeado y con corbata, y llevaba una caja grande bajo el brazo.

No, no había podido olvidarlo, a pesar de llevar cinco semanas intentándolo.

–Hola, Anna.

Su voz la calentó como un rayo de sol que saliera entre las nubes.

–¿Qué haces aquí?

–El banquete de entrega de la beca es esta noche. Tienes que ir, ya que elegiste a Nikki.

–Ya te escribí diciéndote que no podía.

–Y yo me niego a aceptarlo.

–Es en Carolina del Sur, Pierce. Aunque quisiera ir, no puedo pagarme el billete ni dejar a Cody aquí.

–Por eso os voy llevar en avión al niño, a Elle y a ti.

–¿A Elle? ¿Sabe algo de esto?

–Sí, pero le pedí que me dejara darte la sorpresa.

–Que me vaya contigo no es buena idea, Pierce.

–¿Puedo entrar? ¿O prefieres que sigamos hablando aquí y que nos oigan los vecinos?

Ella le dejó pasar.

–¿Huele a galletas de avena?

–Sí –contestó ella sin ofrecerle una.

–Elle será tu acompañante, si la necesitas. Te he comprado un vestido para que te lo pongas esta noche. Elle me ha dicho que tu color preferido es el morado. Pruébatelo –le tendió la caja, pero ella no la agarró.

–Pierce…

–Quiero que conozcas a Nikki, para que veas cuánta razón tuviste al elegirla. Es una joven notable, con un gran potencial. Me recuerda a ti.

–Me alegra de que apruebes mi elección, pero no puedo ir.

–Elle nunca ha montado en avión ni se ha alojado en un hotel. He reservado una suite para vosotros tres. Elle está muy emocionada. No la desilusiones.

–Estás jugando sucio.

–Me gusta ganar. Venga, incluso te ayudaré a subirte la cremallera.

–Estoy segura de que se te da mejor quitarle la ropa a las mujeres que ayudarles a ponérsela.

–Puedo hacer las dos cosas. Si quieres, te lo demuestro –afirmó con una sonrisa pícara que acabó con la resistencia de ella.

–Dame el vestido.

Él le entregó la caja y se dirigió hacia el dormitorio. Él trató de seguirla.

–Tú te quedas aquí.

En su habitación abrió la caja. El vestido era morado, de tejido elástico. Se lo probó y se miró al espejo.

Era una obra maestra de diseño. Sin mangas, con escote en forma de V, se ajustaba a su cuerpo como un guante y realzaba sus curvas. Era elegante y sexy.

Llamaron a la puerta.

–¿Todo bien?

Anna deseó que Pierce la viera así porque, tal vez, entonces… No, no iba a quererla por el vestido.

Pierce la miró de arriba abajo con los ojos como platos y entreabrió los labios.

–Estás increíble.

–Gracias. Es un vestido fantástico.

–Sólo realza a la mujer que lo lleva –sus miradas se cruzaron. La química seguía existiendo.

Anna sintió un enorme deseo de lanzarse a sus brazos o, mejor aún, de arrastrarlo a la cama. Pero no lo hizo porque sabía que volver a hacer el amor con él solo haría más dolorosa la inevitable separación.

–Y no tiene cremallera –añadió ella.

Él sonrió.

–Ven conmigo al banquete, Anna, por favor.

¿Cómo podía rechazarlo cuando se lo pedía así?

–De acuerdo.

–Tengo otra cosa para ti –se sacó un sobre del bolsillo.

–¿Qué es?

–Una carta firmada ante notario de la profesora a la que sustituiste en la que afirma que sucumbió a los requerimientos del mismo padre que se te insinuó. Al saber éste que estaba embarazada, quiso que abortara. Ella huyó y se escondió.

Anna lo miró atónita.

–¿Cómo has sabido que la buscaba? ¿Y cómo la has encontrado?

–Me lo contó Elle cuando hablé con ella por teléfono. Y la he

encontrado porque he contratado a los mejores detectives. Si te parece bien, mi abogado llevará una copia de la carta a la escuela y exigirá que te den una carta de recomendación. En caso contrario, los demandará. Incluso podemos obligarlos a que te vuelvan a contratar.

–No quiero volver. ¿Y la profesora?

–Me ha pedido que no revele dónde está, porque ha tenido a su hijo y prefiere que el padre no la encuentre, por si quiere la custodia. Al igual que tú, prefiere no tener nada que ver con un hombre que ha rechazado a su hijo.

–Gracias –dijo ella apretando la carta contra su pecho.

–Ahora podrás encontrar trabajo. Pero se me ocurre una idea mejor: que te cases conmigo.

La sorpresa dejó sin respiración a Anna.

–Quiero que tú y Cody volváis a mi vida, de forma permanente.

Ella examinó el rostro que amaba y estuvo tentada a decirle que sí. Pero no podía.

Le tomó la mano y, durante unos instantes, ella se perdió en la calidez de su piel.

–Me he enamorado de ti, Anna. De tu sonrisa, de tu risa, de tus pecas y, sobre todo, del modo en que te entregas cuando alguien te necesita. Y yo te necesito. La casa está vacía sin ti. Y el trabajo no me sirve para llenar el vacío.

Sus palabras conmovieron a Anna. Pero Todd le había enseñado que necesitaba algo más que palabras bonitas, que necesitaba a alguien que actuara según sus palabras.

–No sé si creerte.

–Le he pedido a Kat la custodia compartida de Graham y ha aceptado. Quiero ser parte de la vida de mi hijo, verlo crecer.

–¿Para eso me quieres? –preguntó ella, desilusionada. –¿Para qué te resulte más fácil cuidarlo?

–No, sí. Supongo que las dos cosas. Pero lo que busco en ti no es que lo cuides. He sido un cobarde. Pero tú… tú amas sin miedo, y quiero que me enseñes a hacerlo y que seamos una familia.

Anna sintió renacer sus esperanzas. Quería creerlo, pero necesitaba pruebas.

–No sé, Pierce. Todo esto me parece muy conveniente para ti.

–¿Me quieres?

Ella quiso mentirle.

Apretó los labios para evitar responder lo que él quería oír, pero su forma de mirarla le anuló la voluntad.

–Sí, pero no se trata solo de mí. Tengo que pensar en Cody, y no estoy segura de que seas el padre que necesita.

–Ven al banquete esta noche. Después trataré de demostrarte

que puedo ser el marido que te mereces y un buen padre para nuestros niños.

«Nuestros niños». Resultaba extraño que solo dos palabras fueran tan prometedoras. Insuflaron a Anna algo de optimismo. Tal vez Pierce pudiera respaldar sus bonitas palabras con sus actos. El tiempo lo diría.

–Enhorabuena –le dijo Anna a Nikki al final del banquete. Contemplar el exuberante rostro de la joven era un final adecuado para un día pleno de aventuras, como viajar en un jet privado, montar en una limusina, alojarse en la suite de un lujoso hotel y acudir a un suntuoso banquete llevando un increíble vestido de noche.

Nikki sonrió de oreja a oreja.

–Gracias. Y gracias a los dos por darme esta oportunidad. Les demostraré que no se han equivocado.

Nikki pronunció esas palabras un segundo antes de que Pierce pusiera la mano en la cintura de Anna. Ella supo que se trataba de él por la forma de reaccionar de su cuerpo.

–De nada.

Nikki se despidió de ellos y fue a reunirse con su madre para abandonar el salón con los últimos invitados.

Anna se puso nerviosa de repente. ¿Esperaba Pierce que durmiera con él? Se había mostrado muy atento aquella noche y la había tratado como a una princesa. Cada vez que la tocaba o la miraba, a ella se le aceleraba el pulso.

Lo miró a los ojos. Y el deseo que contempló en ellos le paralizó el corazón.

–Gracias por pagar a Elle para que cuidara de Cody y de la hija de Nikki.

–Ha merecido la pena, ya que así has podido venir.

–Pierce –dijo una mujer detrás de ellos.

Anna sintió un escalofrío al reconocer la voz. Era Kat.

Se dio la vuelta, y deseó no haberlo hecho. A pesar de su precioso vestido morado, nunca podría competir con Katherine Hersh, con su sencillo vestido negro. Anna no se había percatado de que hubiera acudido a la cena.

–¿Puedo hablar contigo? –preguntó Kat. Anna se dio cuenta de que tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado.

–Voy a ver a Elle –afirmó Anna tratando de separarse de Pierce, pero este la tomó de la mano.

–No. Lo que Kat tenga que decirme puede hacerlo delante de ti. Ahora formas parte de mi vida. Vamos.

Se dirigieron al ascensor. Ninguno habló mientras subían. Al

abrirse las puertas, Anna vio que Kat se secaba una lágrima.

Las puertas del ascensor daban al salón de la suite. Pierce se dirigió directamente a prepararse algo de beber.

–¿Queréis tomar algo?

Anna y Kat negaron con la cabeza.

–Tengo algo que decirte y quiero que me escuches –dijo Kat. –En primer lugar, no trataba de forzarte a que te casaras conmigo al quedarme embarazada ni quería tu dinero. Todo el que me has mandado lo he ingresado en una cuenta para Graham. Hace dos años y medio… estuve a punto de no volver. Y unos meses después mataron a Peter. Me di cuenta de que yo también podía morir como mi hermano. ¿Y qué dejaría para la posteridad salvo mi imagen en viejas noticias? Se me ocurrió que necesitaba tener un hijo para demostrar que había vivido. No fue una decisión muy inteligente, pero, en aquel momento, me lo pareció. Nosotros –prosiguió Kat– estábamos perdiendo el interés por nuestra relación y pensé que era cuestión de tiempo que termináramos. Y eras el mejor candidato para ser padre de mi hijo: así que dejé de tomar la píldora y, en cuanto supe que estaba embarazada, dejé de llamarte, ya que no iba a hablarte del bebé ni esperaba que nos casáramos y que nos mantuvieras.

Anna vio la verdad reflejada en el pálido rostro de Kat.

–Yo te creo –le dijo.

–Gracias. Esta vez he tenido diecinueve días de cautiverio para pensar en mi carrera, en mi vida y en la muerte. No sabía si saldría viva de allí, y me pregunté qué sería de Graham si yo no volvía. Cuando decidí quedarme embarazada, no pensé en lo que significaba un hijo. Soy una excelente corresponsal, pero disto mucho de ser una buena madre. He cometido muchos errores con Graham, y el peor de ellos ha sido negarle la seguridad de que mamá va a volver.

–Cambia de trabajo –dijo Pierce. Presenta un programa.

–No descansaré hasta saber quién mató a mi hermano, lo que implica que no sé si tendré que volver allí. Y por eso quiero que… –se puso a sollozar y se llevó las manos a la cara. –Me has pedido la custodia compartida, pero creo que Graham estaría mejor contigo.

Atónita, Anna contempló a Kat. Era incapaz de imaginarse abandonando a Cody de forma voluntaria. Se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

–Todos cometemos errores, Kat. Forma parte de aprender a ser padre.

Kat volvió a llorar.

–Me alegro de que Graham te tenga a ti, Pierce, porque es mejor que yo no le confunda con mis ausencias. Esta vez me ha fallado la

niñera, y eso que la busqué con cuidado y creí haber dado con una persona de confianza. ¿Y si vuelve a pasar algo así? No soy una buena madre. Por eso quiero que tengas tú la custodia de Graham, Pierce. Por favor.

–Si eso es lo que quieres, lo haré –contestó él sin vacilar.

La alegría dejó a Anna sin respiración. Comenzó a llorar de felicidad.

Pierce había entendido lo que significaba abrir el corazón a los demás. Estaba aprendiendo lentamente a ser tan generoso con su corazón como con su dinero.

Anna se soltó otro mechón de pelo y examinó el efecto en el espejo. Así estaba bien.

Le encantaban las noches como aquella, en que podía ponerse un vestido de diseño y pasar la velada con su marido, sobre todo cuando era por una buena causa, como la fiesta de entrega de la beca Hollister.

Pero Pierce había llenado los dos años anteriores de momentos mágicos como aquel, comenzando por una boda de ensueño, a la que siguió un viaje con los niños por Europa, en el que visitaron los mejores museos. Después de la luna de miel, los había llevado a su preciosa casa de Arizona.

Salió del cuarto de baño, pero Pierce no estaba en la habitación ni en el vestidor. Miró la hora en el reloj de oro y diamantes que le había regalado después de dar a luz a su hija. Aún se enternecía al recordar sus palabras: «Este reloj significa lo precioso que es para mí el tiempo que llevamos juntos».

La limusina llegaría de un momento a otro. ¿Dónde estaba su marido?

Salió al pasillo y se dirigió al cuarto de los niños. Esbozó una sonrisa. Debiera haber supuesto que lo encontraría junto a la cuna, una vez más.

–Pierce, vamos a llegar tarde.

–No estoy seguro de poder dejarla –dijo sin apartar la mirada de su hija. –Será la primera noche desde que la trajimos a casa. No me imaginaba que fuera tan difícil.

–No trates de despertarla para volver a despedirte de ella.

A Anna le encantaba que tratara de proteger tanto, incluso en exceso, a los niños y al bebé.

Pierce la miró y, sorprendido, volvió a mirarla de arriba abajo. El deseo reflejado en su rostro hizo que ella se sonrojara. Aunque dormía en sus brazos todas las noches, parecía que hacía siglos que no lo sentía dentro de ella. Y lo necesitaba. Desesperadamente.

Lo tomó por los hombros y lo giró levemente hacia ella para

colocarle bien la pajarita. Estaba espléndido con la camisa blanca y los pantalones del esmoquin, y estuvo a punto de olvidarse del compromiso de aquella noche y llevárselo a la cama.

Después de colocarle la pajarita, le acarició el pecho y los pezones. Los de ella se endurecieron, y se obligó a separarse de él antes de ceder a la tentación de besarlo y dejarle toda la boca manchada de carmín.

Se llevó la mano a la cintura.

–La limusina acaba de llegar. Tenemos que marcharnos.

Dos años antes le hubiera resultado inconcebible, pero así era: con nadie se encontraba mejor que con aquel hombre, que, en otro tiempo, se había blindado contra el amor.

FIN